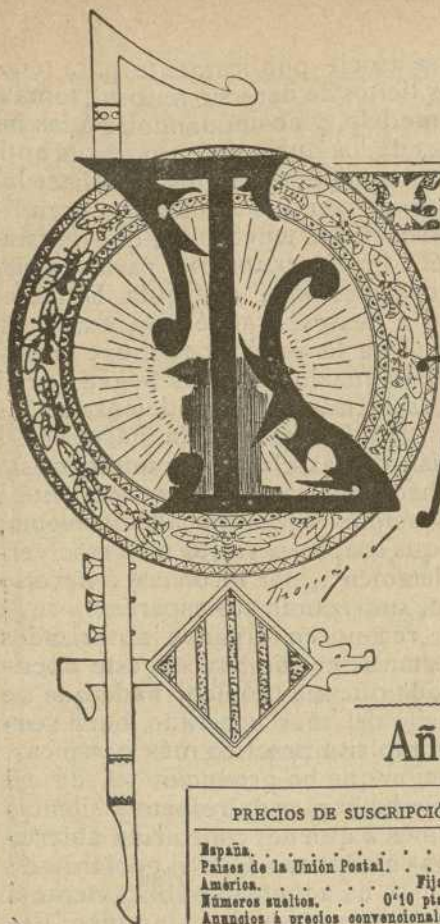


10 CÉNTIMOS EL NÚMERO



LA SEMANA POPULAR ILUSTRADA

Año II.

Barcelona 11 de junio de 1891.

Núm. 46.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	AÑO	SEMESTRE	REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN	
España.	5 pesetas.	2 50 pesetas.		Se aceptan representantes estipulando con-
Países de la Unión Postal.	10 »			diciones.
América.	Fijarán precios los señores corresponsales.		Calle de la Canuda, número 14	No se admite para los pagos las libranzas de
Números sueltos.	0'10 pias.	Números atrasados.	BARCELONA	la prensa.
Anuncios a precios convencionales.				



EL COMPOSITOR ARRIGO BOITO.



TEXTO.—Actualidades.—Mi tío el bandido.—Paseos por la Exposición de Bellas Artes.—Mariposa y flor.—Minas de oro y de diamantes en el África Austral.—Cosa juzgada.—Explicación de grabados.—De aquí y de allí.—Postres.—Ciencia popular.

GRABADOS.—El compositor Arrigo Boito.—El desfile de las carreras de caballos.—¿Amigos o enemigos? cuadro de Morris.



La Encíclica de Su Santidad sobre la condición de los obreros corre ya por el mundo. Este documento, en el que resplandece la sabiduría del que la ha recibido de lo alto, ni halaga á los poderosos, ni abandona á los débiles, ni deja ningún punto obscuro en el intrincado y temeroso conflicto presente. Con una claridad y sencillez de expresión y una serenidad de juicio que sólo posee la verdad, examina todas las fases de la cuestión; y elevándose por encima de todo interés de clase, señala los caminos que hay que seguir para que todo se resuelva por el criterio de la justicia.

La primera parte de este importante documento, está consagrado á la defensa del derecho de propiedad, piedra angular de todo el edificio social, cuya conservación interesa lo mismo al pobre que al rico; derecho que constituye el fin libre de la actividad humana; como quiera que sin él desaparecería toda libertad y toda iniciativa. La propiedad es de derecho natural. La igualdad en el goce de los bienes terrestres, es un imposible, contrario á la naturaleza del hombre, que despojaría al trabajo de los fines que le hacen fecundo y haría irrealizable el libre consorcio social. «Es imposible que en la sociedad civil, todo el mundo sea elevado al mismo nivel. Sin duda esto es lo que persiguen los socialistas; pero contra la naturaleza, todos los esfuerzos son vanos.» Y en otro lugar añade: «Además de la injusticia de semejante sistema, se ven también sus funestas consecuencias: la perturbación en todas las clases de la sociedad; una sediciosa é insoportable esclavitud para todos los ciudadanos; la puerta abierta para todas las envidias, para todos los descontentos, para todas las discordias; el talento y la habilidad privados de sus estímulos, y como consecuencia natural, agotadas las riquezas en su origen; y en fin, en lugar de aquella igualdad tan soñada, la igualdad en la desnudez, en la indigencia y en la miseria.»

Refutado con estos y otros argumentos no menos perentorios el principio fundamental de la extrema izquierda del socialismo, latente además en todos los programas de la secta, la Encíclica estudia las condiciones del trabajo, fuente de la riqueza y de la propiedad, y establece que siendo de ley divina y teniendo por fin la conservación de la existencia, cuando el

salario es insuficiente, estos fines quedan violados. «Aunque el Patrón y el Obrero, dice, hagan tantos convenios como les plazca y se pongan de acuerdo, principalmente sobre el tanto del salario, hay una ley de justicia natural por encima de sus voluntades, más elevada y más antigua, á saber: que el salario no debe ser insuficiente para que subsista el obrero sobrio y honrado. Si obligado éste por la necesidad ó por el temor de un mal mayor, acepta condiciones duras, que por otra parte no le sería fácil rehusar, porque le son impuestas por el patrón ó por quien hace la oferta del trabajo, esto sería sufrir una violencia contra la cual protesta la justicia.» No cabe promulgar de una manera más precisa, la obligación que incumbe á los patrones de poner el salario á la altura de las necesidades del obrero, sabiamente determinada en la frase del «Obrero sobrio y honrado.» El Papa se constituye, en éste y otros puntos importantes, tales como el descanso de los días festivos y la reducción del trabajo excesivo, especialmente para el niño y la mujer, en abogado de los trabajadores. Respecto á las horas ordinarias de descanso, establece esta regla general, que vale por muchas explicaciones: «En general la duración del descanso debe medirse por las fuerzas que está llamado á restaurar.»

Pero al paso que sostiene con su sagrada autoridad los derechos del obrero, para que no sea oprimido y explotado por la codicia, el Padre Santo cuida de enseñarle sus deberes para con Dios y la sociedad. Son de notar estas palabras: «Ciertamente, la mayor parte de los obreros quisieran mejorar de condición honradamente, sin hacer daño ni perjuicio á nadie; pero hay otros, no pocos, que saturados de máximas falsas y extraviadas, por el deseo de novedades, tratan de promover á toda costa tumultos y de arrastrar á sus compañeros á la violencia.» Y como el Papa es el primer tutor del orden social, dice con preceptiva concisión á los gobiernos: «Intervenga en este caso la autoridad del Estado, y enfrenados los agitadores, preserve á los buenos obreros del peligro de la seducción y libre á los legítimos poseedores del peligro del despojo.» Palabras que no deben echar en olvido los que gobiernan naciones, y que á haber sido practicadas á tiempo y con perseverancia, habrían evitado quizá que surgiera esta peligrosa cuestión.

Todo lo que se refiere á las relaciones del trabajo y del capital, de sus deberes recíprocos, del uso que debe hacerse de las riquezas, de la armonía entre las fuerzas y las clases sociales, de la ley del dolor á que vive sujeto el género humano, y sobre todo á las obligaciones estrechas á que por su condición privilegiada están sujetos los ricos ante Dios y ante la sociedad; está tratado de admirable manera y suscita en el ánimo el respeto y en la mente la adhesión.

Respondiendo á las protestas con que el individualismo escéptico, aunque hoy considerablemente decaído, rechaza la intervención del Estado en estas materias, la Encíclica sostiene, por el contrario, no sólo su competencia, si que también su obligación de velar por la armonía de las clases y porque ninguna de ellas padezca opresión. Esto sin perjuicio de que el Estado, en esferas relacionadas con la del trabajo, no abuse de su poder y viole derechos superiores, como *verbi gratia* en la cuestión de los tributos. El Padre Santo declara que el Estado no puede gravar la propiedad sino hasta cierto punto, porque la propiedad no emana de las leyes humanas, sino de la ley natural.

La última parte de la Encíclica se consagra á encarecer la necesidad de que el

obrero se asocie públicamente para todos los fines lícitos de derecho natural, tomando por modelo, y acomodándolas á las necesidades de los nuevos tiempos, sus antiguas hermandades y gremios, y rechace los compromisos con que ahora procuran ligarle asociaciones tenebrosas, que se sirven de él como instrumento para sus planes de destrucción y anarquía. El Padre Santo, con textos evangélicos, exalta la fuerza que da la unión y atribuye mayor eficacia á lo que los obreros hagan por sí mismos asociándose para la defensa de sus intereses, que á lo que pueda hacer el Estado y las demás clases, sin que por esto deje de hacer un llamamiento elocuente á todos los factores del complicado problema, á fin de que cooperen ya que no á resolverlo completamente, por lo menos á hacerlo verdadero, suavizando sus asperezas.

Como reconocen órganos autorizados del protestantismo, no hay en este documento nada que sea utópico, nada que no lleve el sello del más soberano buen sentido y del espíritu práctico más perspicaz. La sensación que ha producido es de tal suerte, que ha impuesto respeto y silencio á los mismos á quienes contrarían abiertamente sus enseñanzas. Con el gobierno español, que se ha adherido públicamente á todas sus doctrinas, se citan también Estados protestantes que se proponen ayudar poderosamente su difusión entre las masas, hecho significativo, cuya importancia salta á la vista. Los periódicos de todas las opiniones y comuniones religiosas, lo ensalzan sin reserva ó lo discuten, pero sin negar su importancia. He aquí lo que dice uno de ellos, resumen de la impresión de muchos: «El documento pontificio que hoy preocupa al mundo con una especie de estupor y atrae la admiración y la atención de los hombres públicos, de los escritores y de los pensadores, merece examinarse bajo múltiples aspectos. Pudiera compararse á un diamante cada una de cuyas facetas proyecta un brillo particular y concurrir á formar una llama viva, activa y brillante.»

Como estas rápidas apreciaciones y citas no pueden dar de él una idea, ni siquiera aproximada; y como por otra parte su publicación es un verdadero acontecimiento, que una revista como la nuestra está obligada á registrar debidamente, no hemos vacilado en obsequiar á nuestros lectores con el texto íntegro que publicamos por suplemento con el presente número. Recomendamos su lectura á las clases trabajadoras, para que comparen y vean la diferencia de lenguaje, entre el de los que tratan de explotarlos, halagando sus pasiones y prometiéndoles goces imaginarios y venturas imposibles, y el del Padre que diciendo la verdad á todos, aún á los más altos, tiene para ellas especialmente palabras de amor, consuelos eficaces, enseñanzas útiles y prácticas para esta vida y esperanzas inmortales para la otra.

C.

MI TÍO EL BANDIDO

(Conclusión.)



Los dos viajeros fueron introducidos en una gran sala iluminada por la dudosa claridad de una lámpara, y el amable bandido que les había acompañado les invitó á esperar con paciencia la llegada de Tiépolo.

Cuando quedaron solos, mi tío y Cor-

nelio cambiaron una mirada que valía ella sola más que todo un discurso.

—En bonita situación estamos, dijo mi tío midiendo á grandes pasos el cuarto... Por qué habré hecho yo la tontería de prestar oídos á este loco de Cornelio? He aquí donde hemos venido á parar con sus ruinas y sus efectos de sol poniente... á una cueva de ladrones!... A merced de hombres sin fe ni ley, que si les da el capricho, pueden asesinar á los postres, entre la fruta y el queso... Y todo para ver Capua y sus delicias, es decir, tres lienzos de pared, llenos de zarzas y lagartijas. Pero, desgraciado! exclamó mi tío interrumpiendo su monólogo para apostrofar á su sobrino, habla... dime que no corremos ningun peligro... que estos bandidos se apiadarán de nosotros y se contentarán con despojarnos...

—No solamente se lo digo á V. sino que así lo creo, dijo Cornelio absorbido por entero en el examen de una pintura al óleo que corría á lo largo de las paredes.

—Y habrá quien pondere Italia, murmuraba mi tío continuando su paseo; qué irrisión! un país donde no se puede dar un paso sin encontrar una ruína, ni veinte sin dar en brazos de un bandido... pero el genarme napolitano no es más que un mito?

—Existe, signor cavaliere, dijo de pronto una voz en los oídos de mi tío, existe, pero teme más á Tiépolo, que Tiépolo á él. Deseabais verme, aquí me teneis.

Mi tío y Cornelio se volvieron: un mismo grito salió de sus labios, grito de asombro y de estupefacción.

En Tiépolo, el capitán de bandidos, acababan de reconocer á Beppo el hijo de Teresita.

La sorpresa de éste no fué menor al verlos. Palideció, titubeó unos momentos, pero reponiéndose pronto, se adelantó con la sonrisa en los labios.

—Sería en vano, les dijo, que á pesar de mi traje, empleara el disimulo; vuestra exclamación me prueba que me habeis reconocido, y á pesar de la contrariedad que me causa vuestra presencia en estos sitios, no por eso me estimo menos feliz al recibirlos. Los huéspedes de mi madre pueden dormir tranquilos bajo mi techo; sus personas y sus bienes son sagrados para mí.

Un aire de regocijo inefable se manifestó instantáneamente en la fisonomía de mi tío, encantado al ver el inesperado giro que tomaba la aventura.

—Pardiez, exclamó Cornelio, estaba á mil leguas de esperar un encuentro por el estilo.

—La vida está llena de contrastes, dijo Tiépolo, y el hombre debe hallarse preparado á todo.

—De suerte, repuso mi tío, deseando saber á qué atenerse, de suerte que nada tenemos que temer?

—Absolutamente nada; á menos que...

—A menos? preguntó mi tío con viveza.

—A menos, replicó Tiépolo, que no sintais deseos de divulgar el secreto de nuestra entrevista.

—Sobre eso, exclamó mi tío, seré mudo como un cañon clavado.

—Podeis confiar en nuestra palabra, dijo Cornelio.

—Entonces, todo va bien, y si quereis creermos, añadió alegremente Tiépolo, vayamos á terminar nuestra conversacion á la mesa, donde iba á sentarme cuando me anunciaron vuestra venida.

Era ya muy tarde para llegar á Caserta, y se convino, por lo tanto, en diferir la partida hasta el día siguiente.

VII.

Así arregladas las cosas, Tiépolo condujo á sus convidados al piso superior.

Una sala brillantemente iluminada se

ofreció á las atónitas miradas de mi tío, que marchaba de sorpresa en sorpresa, próximo á creerse el héroe de un cuento de las Mil y una noches.

En el centro de la sala se veía una mesa suntuosamente servida. Todo lo que el regalo, la riqueza y la elegancia han creado de más precioso y más delicado, se ostentaba allí con profusion. Mantel adamasado, servicio de plata finamente cincelado, copas transparentes de cristal de Bohemia, vidrios adornados de arabescos, porcelanas de Sajonia y de la China, nada faltaba. Cada país estaba representado por alguno de sus más preciosos productos. Una magnífica araña de bronce dorado proyectaba el resplandor de sus innumerables bujías sobre todas aquellas cosas admirables, cuyo mérito resaltaba más al bañarlas la luz con esos tonos ardientes y prestigiosos que provocan y cautivan la ilusión.

Cornelio, como inteligente, admiraba; mi tío estaba embobado y absorto.

Invitados por Tiépolo, se pusieron á la mesa, y Cornelio se encontró colocado enfrente de su misterioso compañero de la montaña, uno de los personajes importantes de la banda. Aquel hombre había recibido una educación esmerada, pero excesos de todo género le habían conducido, de escalón á escalón, á declarar la guerra á la sociedad que le había expulsado de su seno. Pero á pesar de su caída y de la abyección presente conservaba esa distinción nativa que no abandona nunca al hombre de mundo. Tal era el secreto de sus extensos conocimientos en pintura que tanto habían preocupado á Cornelio.

Mientras el bravo daba él mismo á Cornelio estas explicaciones, nuestros dos viajeros mostraban el mejor apetito. Por lo demás, los platos eran finos y delicados y los vinos de primera calidad.

Después del segundo plato la conversacion se hizo general; Cornelio cogió á parte al lugarteniente de Tiépolo, y mi tío, con la beatitud de un epicúreo que saborea un delicioso festín, felicitó ante todo al jefe de la banda por la excelencia de su mesa, y enseguida le preguntó maquinalmente las razones que le habían impulsado á llevar un género de vida tan peligroso y á la par tan censurable.

A esta pregunta, Tiépolo frunció las cejas. Mi tío, que había empujado el codo, no advirtió esta circunstancia, y á pesar del silencio del capitán de bandidos, volvió obstinadamente á la carga.

—Qué importan los motivos? dijo por fin Tiépolo: á vuestros ojos no atenuarían la magnitud de mi crimen.

Un arrepentimiento sincero borra muchas faltas, repuso mi tío, sin pensar gran cosa en lo que decía.

—El arrepentimiento! exclamó Tiépolo. Estoy en una pendiente fatal; veo el abismo bajo mis pies y no puedo evitarlo. Venga otro vaso de ese marsala añejo, signor. A vuestra salud!

—Y yo á la vuestra, dijo vaciando su vaso mi tío, á quien costó mucho volver á colocarlo en equilibrio sobre la mesa.

—Mirad, signor, continuó Tiépolo, estoy lejos de ser un malvado. Tengo, en el fondo, buenos sentimientos.

—Muy buenos sentimientos y un famoso vino, dijo mi tío, á quien los vapores del marsala comenzaban á aturdir un poco.

—Sí, muy buenos sentimientos, signor, pero al lado de ellos hay instintos terribles, inexplicables, que arrastran como un torrente que rompe sus diques, y que ningún obstáculo es capaz de detener. Este es el lado pernicioso y frágil de la naturaleza humana, y todos experimentamos en mayor ó menor grado su influencia.

—Perfectamente razonado, murmuró mi tío.

—¿Quereis que os confiese una cosa? continuó Tiépolo.

—A fe mía, no veo inconveniente.

—Pues bien, yo creo en la fatalidad.

—Yo lo mismo, balbuceó mi tío que ya no sabía lo que se decía; yo creo, Cornelio también cree, todos creemos... Otra lágrima de ese precioso licor... Cómo lo llamais?

—Marsala.

—Bien por el marsala... Es dulce... es inofensivo... es perfecto... es la verdadera felicidad embotellada. Vuestra existencia es encantadora, sí, encantadora en verdad.

Tiépolo sonrió al advertir por primera vez la embriaguez de mi tío.

—Pues bien, le dijo entonces, ya que tanto os gusta este género de vida, por qué no entráis en mi compañía?

—Entrar... En efecto... es una buena idea. Dime, Cornelio, no te sientes con disposiciones para el oficio de bandido?

Cornelio, algo más despejado que su tío, le miró con ojos atónitos, pero le bastó aquella mirada para comprender lo original de la pregunta.

—Escucha, Cornelio, prosiguió mi tío, la vida aquí es dulce, aquí... el vino es excelente, añadió con tristeza lacrimosa, hazte bandido... Yo no me opongo... No, palabra de honor; te lo permito...

Los tres comensales soltaron la carcajada, pero en el mismo instante una violenta detonación, seguida de un gran ruido que procedía de fuera, conmovió los cristales de la sala. Tiépolo y su acólito se levantaron precipitadamente y desaparecieron sin que Cornelio haya podido averiguar jamás por donde huyeron.

Mi tío había recobrado repentinamente su razón. En cuanto á Cornelio, no pudo librarse de un secreto terror. Iba á levantarse de la mesa cuando se abrió con estrépito la puerta y una voz terrible exclamó:

—Abajo las armas, canallas, ó sois muertos!

Mi tío se apresuró á arrojar el tenedor que tenía en la mano.

—Traición! murmuró.

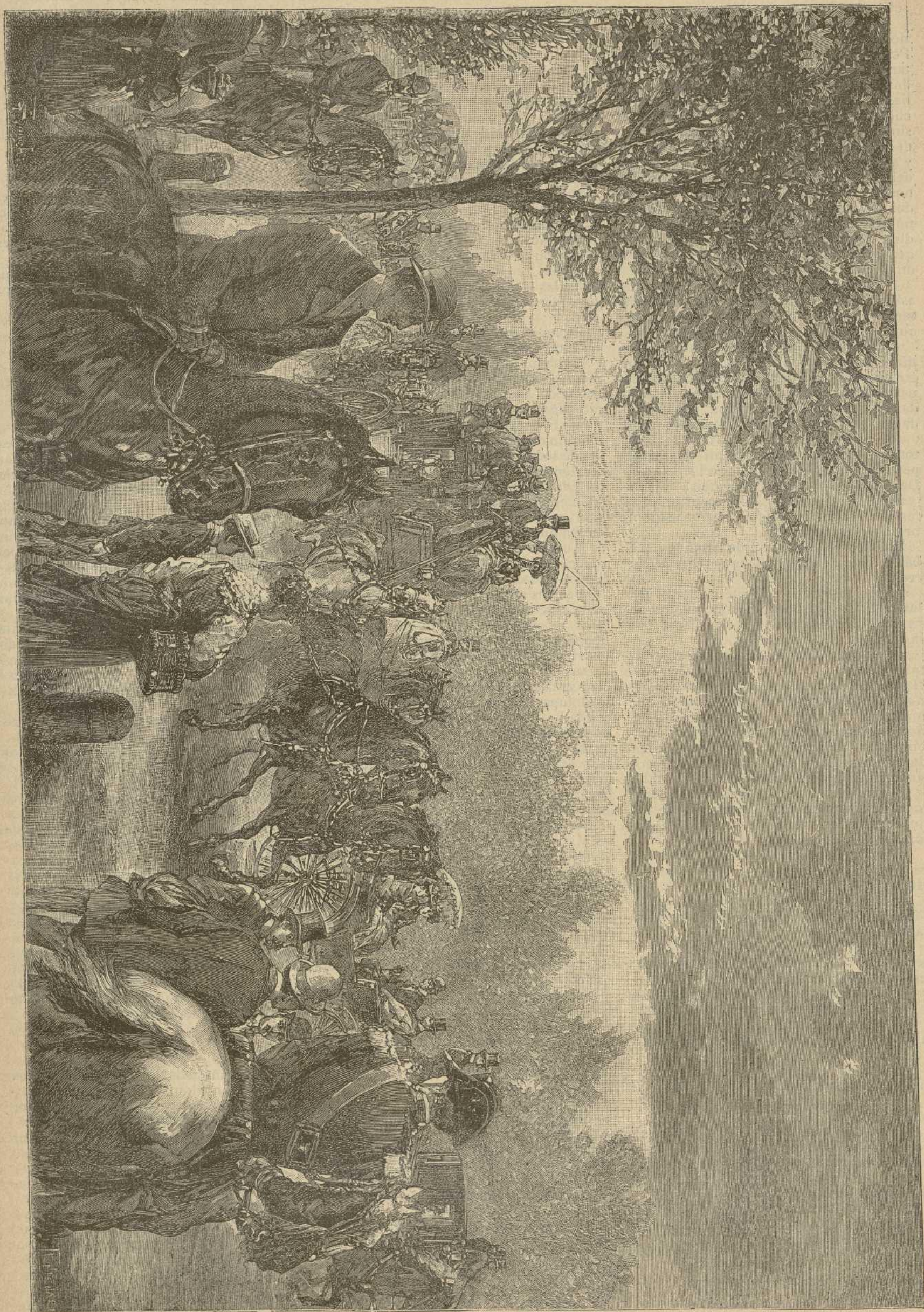
—Miserable Tiépolo! exclamó Cornelio.

Pero cuál no sería su sorpresa cuando se vieron en poder de un destacamento de dragones napolitanos! Protestaron al momento de su inocencia y se disponían á exhibir sus pasaportes, cuando el jefe de la policía secreta, que era el que dirigía la expedición, los hizo atar estrechamente, y así amarrados, los echaron sobre una mala carreta cubierta de paja. Por más que protestaron de la injusta barbarie de aquel tratamiento, sus reclamaciones sólo les trajeron algunos golpes y culatazos, por lo cual decidieron adoptar un silencio lleno de prudencia y de resignación.

VIII.

Se escudriñó toda la madriguera de los bandidos con el más minucioso cuidado, pero la banda entera había desaparecido; después de adquirida esta triste certidumbre, se entregó á las llamas el castillo y el comandante dió la señal de partida.

Por consiguiente, el resultado de la expedición se reducía á la captura de Cornelio y de mi tío. Ciertamente es que el jefe de policía partiendo de la circunstancia de haber encontrado á los dos prisioneros frente á un festín espléndido, sacaba la luminosa conclusión de que tenía en su poder á Tiépolo y su lugarteniente. Qué le importaba, pues, el resto de la banda, desde el momento que tenía al alma y pensamiento de ella? Abandonados los bandidos á sus propias fuerzas, privados de sus cabezas no



EL DESFILE DE LAS CARRERAS DE CABALLOS

tardarían en dispersarse ó ser cogidos: la tranquilidad renacería en la provincia, una seguridad completa rodearía en lo porvenir á los viajeros y á los habitantes, y finalmente, este nuevo orden de cosas por el que todos hacían votos, se debería á su intrepidez, á su audacia y á su habilidad.

Tales eran las ideas que ocupaban el espíritu del digno jefe mientras caminaba á través de los desfiladeros de los montes.

Los incidentes de aquel drama se habían sucedido con tal rapidez para mi tío y Cornelio, que ambos se creían bajo la influencia de una horrible pesadilla. Mi tío repasaba en su interior todo lo que le había ocurrido desde la víspera y se encerraba en un mutismo sombrío. Cornelio había perdido toda su alegría: estaba meditabundo é inquieto.

La marcha continuó durante toda la noche, y al despuntar el día las primeras casas de la ciudad de Nápoles se divisaron á lo lejos. Entre tanto la noticia de la importante captura se propagaba como un reguero de pólvora. De todos lados acudían para asistir á aquel espectáculo. Hombres, mujeres y niños, cada cual quería ver por sus propios ojos é insultar á su paso al feroz bandido, que después de haber burlado durante tanto tiempo las pesquisas de la policía, se había dejado coger vergonzosamente en su guarida.

Mientras no llegaron á las puertas de Nápoles, estas manifestaciones aisladas no adquirieron carácter alarmante; pero una vez en los barrios de la ciudad, los dos prisioneros vieron engrosar la multitud de minuto en minuto y tomar una actitud amenazadora.

—Mirad esos miserables! exclamaban en torno suyo; miradlos tan tranquilos, como si no tuvieran la conciencia cargada de crímenes.

—Parece que nos desafían! añadió uno. Mi tío desafiar á las turbas!

—Cuál de los dos es Tiépolo? preguntó una voz.

—El más viejo, respondió otro.

—Me lo figuré al ver su tipo repulsivo, contestó el primero que había hablado.

—Sí, sí, matadlo! gritó un grupo de lazaroni que seguía al cortejo.

—Sí, matadlo! ahulló la muchedumbre cuyas filas espesas rodeaban poco á poco á los prisioneros y á sus guardianes, como los anillos de una serpiente.

Mi tío se sentía morir. Cornelio mostraba una palidez espantosa. Sin embargo, la inminencia del peligro le hizo recobrar su energía. Se incorporó un poco y dirigiéndose al jefe del destacamento que se encontraba á su lado:

—Oídme, dijo con dignidad; voy á dirigiros la última protesta. Nuestro traje, nuestra lengua y nuestros papeles, todo indica que somos extranjeros, que somos viajeros.

—Conozco ese ardid, contestó el jefe.

—Pero, en fin, repuso Cornelio, debeis tener la filiación de Tiépolo; es imposible que se refiera á uno de nosotros.

El napolitano no respondió, y pareció perplejo.

—Y por último, continuó Cornelio con más fuerza; os hago responsable de la manera extraña como llenais vuestro cometido. Suceda lo que suceda, os juro que el embajador de Francia sabrá castigar el insulto ignominioso de que son objeto en este momento dos de sus compatriotas. Dentro de una hora sabremos si teneis derecho á poner á dos inocentes en peligro de muerte. Ahora estais advertido, podeis obrar á vuestro gusto.

El tono decidido y firme con que pronunció Cornelio estas palabras debilitó algo la convicción del jefe de policía; una cosa además acababa de llamarle la aten-

ción, y era que, en efecto, las señas de Tiépolo no estaban de acuerdo con las de ninguno de los dos prisioneros; esta última circunstancia, sobre todo, le sumió en una gran perplejidad.

—De todos modos, signor, dijo á Cornelio, mi deber me obligaba á deteneros. Cumpliré mi misión hasta el fin, poniéndoo á disposición de la autoridad, que pesará y tomará en cuenta vuestras razones.

Después, poniéndose á la cabeza de su destacamento que avanzaba con trabajo:

—Paso, amigos míos, gritó al pueblo, la justicia corresponde al rey; por lo tanto, dejad en paz á los prisioneros.

—Matadlo, matadlo! continuaba vociferando el populacho.

Se hallaban en el corazón de la ciudad y el tumulto y los gritos aumentaban á cada paso. De pronto, un hombre de apariencia hercúlea, dijo con voz estentórea volviéndose al jefe de policía:

—Los prisioneros pertenecen al pueblo. La venganza corresponde á los que han sido sus víctimas.

—Sí, sí!... ahulló la turba presintiendo un drama. Los bandidos son nuestros. Nada de juicio, matadlos!

Los dragones no podían avanzar. El jefe de policía envió á toda prisa á buscar refuerzos, y entre tanto, ordenó á sus soldados que apretaran las filas; pero los caballos oprimidos por la masa de los espectadores se volvían rehacios; uno de ellos se desvió á un lado, movimiento que un hombre del pueblo aprovechó para cogerlo de la brida, llevarle vigorosamente hacia sí y procurar de este modo á la muchedumbre un pasaje por el cual podía llegar con facilidad hasta los prisioneros.

En efecto, la turba lo comprendió y se precipitó por él, pero los sables de los dragones la detuvieron.

Esta situación crítica no podía prolongarse mucho tiempo; ya empezaban á llover sobre los prisioneros proyectiles de toda especie, cuando sobre el pavimento de la calle resonó el galope precipitado de una carga de caballería. Un escuadrón de dragones llegaba sable en mano. Esta demostración bastó para que la escolta se viera desembarazada.

El populacho, con pocos deseos de trabar disputa con la caballería real, se retiró sin oponer seria resistencia.

Un cuarto de hora más tarde, mi tío y Cornelio ingresaban en la cárcel de la ciudad.

Se les interrogó inmediatamente, y no les fué difícil establecer su identidad y explicar su presencia en la mesa de Tiépolo. Asustado con las consecuencias de aquel yerro, el procurador criminal se apresuró á ponerles en libertad dándoles todo género de excusas. El desgraciado jefe de policía tuvo que presentarse á pedirles humildemente perdón por la falta que había cometido, después de lo cual se le notificó su cesantía.

En vista del arrepentimiento verdadero ó fingido del pobre diablo, mi tío y Cornelio intercedieron por él, y aunque con trabajo obtuvieron su perdón.

IX.

Después de tan interesantes aventuras mi tío se encontró suficientemente enterado de las maravillas de la Italia antigua y moderna, y su primer cuidado al salir de la prisión fué el tomar pasaje á bordo de un navío que partía en aquel momento para Marsella, donde llegó sin obstáculos. Al verse frente á su casa derramó lágrimas de alegría, y juró que de allí en adelante nadie le volvería á coger para correr

por el mundo en busca de ruínas por romanas que fueran.

Cornelio volvió á Roma encantado de sus impresiones de viaje. En cuanto á Tiépolo, desapareció y desde aquel día no se volvió á hablar de él, de suerte que por mucho tiempo, el pueblo de Nápoles siguió creyendo que mi tío era el verdadero Tiépolo, capitán de ladrones, pero que gracias á sus inmensas riquezas había podido seducir á sus jueces y pasar al extranjero.

Sea cual fuere la suerte de Tiépolo, es lo cierto que seis meses después mi tío recibió de Italia cincuenta botellas de aquel vino de Marsala que le había hecho encontrar tan agradable la profesión de bandido.

Es el recuerdo más dulce que mi estimable pariente pudo conservar de su viaje á Nápoles.

HIPÓLITO MAXENCE.

PASEOS POR LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

II Y ÚLTIMO.



QUIEN dé una vuelta, aunque fuere algo detenida, por las salas de pintura de la Exposición de Bellas Artes, si no pertenece al gremio, sale de ellas sin ningún recuerdo que se le imponga y del que conserve grata memoria. Habrá visto el tal visitante muchos cuadros regulares, algunos más que regulares, y hasta de mucho mérito dentro de la técnica del arte; pero no habrá encontrado ningún asunto que le haya conmovido con fuerza, ó que haya despertado su inteligencia. Falta meollo en la Exposición; abundan en cambio los pintores que manejan el color con destreza. Escasean también los dibujantes, acaso porque hoy se extiende demasiado la creencia de que el artista ya es tal, hecho y derecho desde las mantillas, y de que le basta su natural ingenio para vencer todas las dificultades que se le presenten en el ejercicio de su alta profesión, en camino hoy, por malos de nuestros pecados, de que se convierta en una industria como cualquiera otra, más ó menos artística. El naturalismo, útil para apartar al arte y á los artistas del falso idealismo y del convencionalismo, va haciendo tales estragos en todas partes, y más que en otra alguna en los dominios de la pintura, que en breve el *summum* de este arte consistirá en pintar mal, es decir, con cuatro brochazos, una escarola, ó en sacar también con cuatro chafarrinones el rostro aproximado de un hombre ó mujer, bautizándolo con nombre de retrato. Por no pensar, ni se apura el dibujo de un busto, ni se elige tema para un país, aún tomándolo del natural directamente, ni menos se hace lo que han hecho todos los artistas buenos, de todos los tiempos, dígame lo que se quiera en contra, de componer idealizando, ó sea procurando realizar en la obra pictórica ó escultórica el ideal que el pintor y el escultor llevan en su mente. De ahí la suerte de pobreza y de tristeza que ofrecen las modernas Exposiciones de Bellas Artes, aquí como en Francia, y en Francia, lo mismo, á corta diferencia, que en Italia y Alemania.

No pretendemos suponer con lo antedicho que la actual Exposición de Barcelona no contenga algunos cuadros de valía, pues ya hemos indicado antes que los tenía de mérito, singularmente para quien entienda algo en la técnica del arte pictórico. Algunos hay también que para todo el mundo resultan buenos é interesantes, porque en



¿AMIGOS Ó ENEMIGOS? Cuadro de Morris.

su género han alcanzado los autores una altura envidiable. Caba en sus retratos, Mas y Fondevila y Baixeras en sus cuadros de asuntos y tipos populares, Masriera (don José), Vayreda, Urgell y Sánchez Perrier en sus países, Tamburini, Tusquets é Hidalgo en la pintura de historia, el citado Tusquets y Masriera (D. Francisco) en asuntos de carácter oriental, y el último también en cuadros de género; Cabrera, Jiménez Aranda, Pando, Leopoldo Roca, Pinós, Gilofre Oller, Barrau, Roman Ribera en la última especialidad, Casto Plascencia en sus preciosas aguadas y pasteles para *Los Meses*, Checa en los bodegones, Gessa en lo mismo, y Tolosa, Martí y Mirabent en los floreros, merecen que se les cite con encomio y que se coloquen sus pinturas en sitio de honor, aun cuando no todas se hallen exentas de algún defecto; cosa natural ya que es imposible encontrar la absoluta perfección en las cosas humanas. Es ridículo pensar que pueda salir impecable la obra de un hombre. Miguel Angel Buonarroti es un coloso en el arte, en la más extensa acepción de la palabra. Ante su *Juicio final* y ante el *Moisés* quedase anonadado quien los contempla y los admira. A pesar de lo cual la crítica encuentra en ambas creaciones sus peros, ya que el *Juicio* más parece inspirado en un sentimiento pagano que en las creencias cristianas; y el *Moisés* con ser tan imponente, tan asombroso y tan grande, no reúne acaso la idealidad que debiera tener el caudillo inspirado de Dios que guió al pueblo hebraico por el desierto.

Esto admitido, quien de imparcial se precie y tenga buen gusto artístico, disputará por retratos excelentes los de Antonio Caba, director de la Escuela de Bellas Artes y tal vez el artista catalán que dibuja y pinta con mayor conciencia. La pintura de Caba es una pintura seria, con atractivo marcado conforme se ve en el retrato de una dama elegantísima, de más de medio cuerpo, en el cual parece notarse como un eco del arte amable de los pintores franceses del siglo XVIII. Firmes y exactos son también los retratos de SS. MM., *el Rey y la Reina Regente*, los cuales ganarían bastante, si el fondo no distrajesen algo la atención del espectador. Acaso sacrificándolo algún tanto, esfumándolo, sobresaldrían más las figuras de las augustas personas.

Jiménez Aranda y Román Ribera gozan, asimismo, de merecido renombre en la pintura de género. Al primero le placen en particular las escenas de casacones y al segundo los tipos flamencos y los cuadros tomados del natural en la vida de hogaño. Lástima que Jiménez Aranda se ponga espejuelos de color morado para pintar sus cuadros, pues así lo indica en el predominio de las tintas violáceas que se advierte en muchos de ellos. Fuera de este reparo, ¡qué expresión tan cabal tienen las figuras! ¡cómo se mueven en los cuadros! ¡qué caracterización tan acabada la de algunos personajes! Ribera es un naturalista que calza guantes, ó diciéndolo más claro, que huye de lo vulgar y de lo sucio, sin que degeneren en convencional. Copia los tipos populares con grande exactitud, mas los pinta añadiendo á la fría copia el incentivo de un arte exquisitísimo. Por eso agrada tanto su cuadro *Epílogo* ejecutado con la delicadeza y la verdad de un antiguo pintor de la Flandes ó de Holanda. Por igual causa el ciego incomparable de García Ramos no da asco, antes atrae, y esto que en punto á exactitud allá se va con la que puso su celeberrimo autor en *El Picaro Guzmán de Alfarache*, en lo que tenemos nueva prueba de que al naturalismo—como lo dice con gran tino un fraile agustiniano de nuestros días hablando de la novela de un padre que

ha metido gran bulla—no se le proscriba muchas veces como procedimiento sinó por el desatentado empleo que de él se hace.

Bien estudiado se halla igualmente el natural, en *Reposo*, lindísima muchacha campesina de Mas y Fondevila; en los marineros de Dionisio Baixeras y más aun que en ellos en una pastorcilla que hace calceta, tan simpática como verdadera y hábilmente pintada; idealidad y verdad hay al propio tiempo en *Quietud*, de Mariano Vayreda, inspirado en el monasterio de Sous, y en el lienzo de Francisco Masriera *Resignación y esperanza*, hermosa página de costumbres cristianas. En la pintura de género se nos ha revelado como artista potente Cabrera, de Alcoy, singularmente *En el coro* que produce profunda impresión de paz religiosa y en el cual los méritos de concepto van de par con los de ejecución, que sobresalen de un modo particular en el cerial del primer término y en el ventanal del fondo, tapado por una cortina encarnada. En *La muerte de un santo* aparecen igualmente las peregrinas dotes de este artista, mas no con verdadero acierto en la fusión de la parte real con la ideal. De todos modos saludamos en él á un artista de porvenir seguro. Pintan con magia prodigiosa en primer término Francisco Masriera, ya citado, que pone el color con grandísimo garbo y maneja el pincel con extraordinaria elegancia, y á su lado Ramón Tusquets en su cuadro *Argelina*, de una entonación por todo extremo armoniosa y simpática. De sus prendas de pintor y decolorista hace también alarde Tusquets en los cuadros sobre la historia de Cataluña, mas por desdicha olvidando la caracterización de los asuntos é imprimiendo á los personajes aspecto teatral. La pintura de historia hoy más que nunca demanda el sacrificio de ciertos efectos pictóricos y de las habilidades de desempeño. Es fuerza atender al fondo, depurar mucho la forma expresándola con la mayor sobriedad, y perseguir con grande empeño el espíritu, el aire de la época que se quiera reproducir. Si esto hubiese hecho Tusquets, si por igual camino hubiese ido en su *Conde de Urgel*, José María Tamburini, uno de los artistas catalanes que piensa más y con mayor fortuna, sus cuadros habrían mejorado en tercio y quinto y no los hubieran mirado con el desdén con que los han mirado los que juzgan muerta y enterrada la pintura de historia y la religiosa.

Los paisajistas no han brillado en esta Exposición como era de esperar, dados los antecedentes de los que figuran aquí y fuera de aquí, en las demás provincias, en primera línea. Urgell tiene dos lienzos, melancólicos como todos los suyos, con celajes luminosos, como los que le han dado merecida fama; Vayreda se muestra fiel al copiar la naturaleza, adoleciendo de frío; José Masriera, en visible adelanto, sabe apurar lo que se llama la anatomía del paisaje, sin perder la primera impresión, según lo dicen por manera elocuente sus dos elegantes y preciosos países *Puda de Montserrat* y *Un rincón en S. Hilario*; Sánchez Perrier dibuja á conciencia y pinta con exquisito buen gusto; Rico embelesa aún con sus contrastes luminosos algo calculados, pero de efecto cierto y muy gratos á la vista, y Pinelo tiene rasgos que en mayor ó menor grado parecen imitación del famosísimo Corot. Las obras todas de estos paisajistas harían buena figura en un salón ó gabinete de nuestros tiempos. Buena la harían asimismo las incomparables uvas de Gessa pintadas magistralmente, los bodegones de Checa que dan la imagen fiel de la realidad misma, y los floreros de Tolosa, Mirabent y Martí (Ricardo) lindamente ejecutados y de ricas coloraciones.

Tolosa, á proseguir por el camino empezado, será uno de nuestros primeros pintores de flores.

Poco nos han enviado los artistas extranjeros: algo bueno, y aún superior hay, sin embargo, en la sala que se les ha destinado. Y vayan con tiento nuestros lectores antes de visitarla, porque cuelgan de sus paredes algunos cuadros que hubieran debido relegarse á una sala especial, ó por sobrado desnudos, ó por tener ribetes pornográficos. Aquí no tenemos la manga tan ancha como en Francia, en donde se exhiben á veces pinturas, esculturas y grabados capaces de hacer ruborizar á un cabo de gastadores, sin que nadie proteste de semejantes ultrajes al decoro público. Esto dicho, á los lectores de este semanario que visiten la expresada sala, les recomendamos que fijen la atención en varios fragmentos pintados de mano maestra, por Roll en *Le travail*, obra deshilvanada en el conjunto; en el retrato de Rochefort primorosamente hecho, acaso con *ficelle*, como dicen nuestros vecinos, del belga Jan Van Beers; en *L'heritier*, noble y distinguida pintura de Van den Bos; en unos deliciosos frisos de Hynais admirablemente dibujados; en una aguada de grande empeño de Signorini, de un moro, en la cual se han apurado todas las dificultades del género; en las flores de Birkiner *Au mois de Marie*; en una carga de caballería de Delahaye, cuyas figuras se mueven por la pasmosa exactitud de la mancha pictórica, y en *Mauvais jour*, de Leandre, y *Le repos*, de Thevenot, de un naturalismo é impresionismo sólidos que deberían estudiar los que andan por semejantes derroteros. Los cuales, á juzgar por lo que pasa aquí y fuera de aquí, han de variarse de una manera ó de otra—entiéndase siempre con buenos fines,—pues de lo contrario el público volverá pronto las espaldas á un arte que allá se va con la fotografía, y que no piensa, ni siente, ni dice nada absolutamente. No falta quien eche la culpa á nuestra generación, á la que se acusa de escéptica y fría, mas no todos los hombres son iguales en el mundo, y por fortuna junto á los fríos y los escépticos se hallan los entusiastas y los creyentes. Pintar ó esculpir con asunto interesante y con intención muy alta no se opone al estudio cabal, cumplido, minucioso, hasta exactísimo de la naturaleza. Esta exactitud alcanzó Zurbarán, y con ella pintó la *Glorificación de Sto. Tomás de Aquino*, que es una maravilla de verdad en los santos y personajes que en ella figuran, y una maravilla de sentimiento cristiano en la expresión de todos ellos. Si estos ejemplos no estuviesen tan olvidados, si dejando lo de casa no se corriese tanto tras de lo forastero, más brillante papel representarían ahora la pintura y la escultura en nuestra España.—***

MARIPOSA Y FLOR

TRADUCCIÓN DE VICTOR HUGO

«No,—decía á la errante Mariposa
Triste la Flor, del tallo suspendida,—
No vuelas más.

¿A qué en la vega giras vagarosa,
Mientras me agito al duro tronco asida?
¿Por qué te vas?...

Amémonos, unamos la existencia
Aquí, donde tan lejos de los hombres,
Nos puso Dios:

Do huyendo su maléfica presencia
Nos crean, confundiendo nuestros nombres,
Flores las dos.

LA SOGA TRAS EL CALDERO



Mas ¡ay! que el aura leve te arrebatá;
En tanto, dura me aprisiona al suelo
Honda raíz
Y no me es dado en círculos de plata
Girar contigo y perfumar tu vuelo.
¡Suerte infeliz!...

Y allá lejos te pierdo en la pradera.
O inquieta cruzas la esmaltada alfombra
De flor en flor,
Mientras yo quedo en soledad severa,
A ver lenta girar mi propia sombra
En derredor.

Mas tú vuelves, y tornas y te agitas,
A cada flor mostrando brilladora
Un nuevo encanto.
Así mi ansiosa juventud marchitas;
Así me ves volviendo á cada aurora,
Bañada en llanto!

¡Oh! coronen mi afán horas felices,
Y fiel amante ya, tu vago vuelo
Reposa en mí.
Toma en la tierra, como yo, raíces;
O alas me da para cruzar el cielo,
Unida á tí.»

NICOMEDES-PASTOR DIAZ.

MINAS DE ORO Y DE DIAMANTES EN EL AFRICA AUSTRAL

I

Los descubrimientos de minas de oro han ejercido considerable influencia en las corrientes de la emigración europea durante la segunda mitad de nuestro siglo. La California, Australia y el Africa meridional han atraído sucesivamente la

atención de los emigrantes, y merced á sus invasiones estos territorios se han poblado y se siguen poblando cada día en mayor grado. Se parte en busca del oro, y á menudo, al llegar á estos países, se encuentra que hay algo mejor que el excavar la tierra con febril agitación.

Desde algunos años el Transvaal es considerado en Europa como un país del oro, exclusivamente. Poco conocida, poco poblada, y casi abandonada, la república sud-africana adquiere celebridad súbitamente. Los emigrantes europeos afluyen por millares, se instalan en un principio bajo tiendas, y fundan después ciudades en medio del desierto, allí donde no se encontraban, algunos años antes, más que fieras y salvajes.

Aunque los recursos del país sean con

siderables desde el punto de vista de la cría de ganados y de los cultivos agrícolas, es más que probable que fuera todavía durante mucho tiempo una *tierra incógnita*, si el sonido del precioso metal no hubiera despertado á los aventureros. Sin el oro, el Transvaal hubiera esperado largo tiempo á que el extranjero traspasara en masa sus fronteras; con el oro que posee en sus entrañas, estará antes de poco enteramente poblado, y formará uno de los primeros Estados no sólo del Africa Austral, sino de toda el Africa.

El eco que estos descubrimientos han tenido en Europa ha hecho surgir numerosas sociedades anónimas, no sólo para la explotación de los yacimientos auríferos sino para toda especie de plantaciones, industrias y empresas mercantiles.

Siglos hacía que muchos puntos de Africa eran conocidos como países auríferos. En la costa de Sofala los árabes cambiaban por oro sus productos con los indígenas del Africa meridional. Y sin embargo, ha sido necesario que la casualidad, que un hecho imprevisto se presentara, para que se pensara en explotar las riquezas minerales de este inmenso territorio.

Un viajero alemán, llamado Mauch, descubrió el precioso metal en 1868, en el país de los matabeles, y poco después el inglés John Swinbourne hizo lo propio en el distrito de Zontpansberg.

Con el objeto de animar á los exploradores, el gobierno del Transvaal prometió una prima á los que indicaran yacimientos de oro que valieran la pena de ser explotados, y bien pronto, en 1872, se certificó la existencia del codiciado metal, en los alrededores de Lydenburg, en terrenos de aluvión.

Una nube de aventureros no tardó en caer sobre aquellos territorios. Aunque algunos de ellos se vieron favorecidos por la fortuna, la masa de estos emigrantes se encontró, al poco tiempo, reducida á la mayor miseria. En 1876, escribió uno de ellos á un periódico de Natal, que el oro sólo había servido al Gobierno para atraer gente al país, pero que había tan poco, que no valía la pena ni de hablar de ello. En efecto, el ingeniero de las minas que exploró aquel territorio por cuenta de los ingleses, encontró mucho mineral de cobre y hierro, pero de oro, poco ó nada.

Hasta el 1881 no se descubrieron los grandes filones, y en 1885 fué cuando, habiéndose ocupado de la cuestión ricas y poderosas compañías con todos los medios que ofrece la industria moderna, los resultados comenzaron á sobrepasar todas las previsiones. El oro se encontró por todas partes, y las compañías para explotarlo, se fundaron por centenares.

Hoy se conocen once distritos que poseen minas inagotables; en ellos se han fundado poblaciones florecientes. La capital del distrito del *Valle del Cabo* se llama *Barberton*. Al entrar en ella después de atravesar el desierto que la rodea se encuentra uno sorprendido, viéndolo todo instalado á la europea: bolsa, teatros, restaurantes, hoteles, nada falta, allí, donde pocos años hace se cazaba el elefante y el antiloper.

De todas estas minas, las de Witwatersrand son las más conocidas. Ya en 1854, se había descubierto algún oro en este distrito, pero se prohibió, bajo pena de muerte, el propagar la noticia, pues se temía una invasión de aventureros. En 1884, se hicieron importantes descubrimientos en nueve puntos distintos, y la explotación prometía ser muy lucrativa. En Diciembre de 1886, el Estado vendía las primeras tierras para construir habitaciones, y allí se encuentra hoy la ciudad mayor del Africa Austral, Joannesburgo,

con 50,000 habitantes, ó sea una ciudad, que aumenta en 10,000 almas todos los años.

Las minas de Witwatersrand se extienden en una superficie considerable; en abril de 1889 se contaban ya 274 sociedades anónimas que tenían concesiones en este distrito, y sus capitales se elevaban á la suma de 600 millones de pesetas.

Pero no todas estas sociedades explotan sus tierras. Muchas de ellas han agotado sus capitales en la compra de terrenos, de suerte que les es imposible explotarlos; y no pudiendo repartir dividendos, de aquí una crisis que ha hecho bajar todos estos valores á principios del año pasado.

La situación de las minas del Cabo es menos favorable. Rodeadas de montañas muy elevadas, son de un acceso difícil, y además, están á gran distancia de los centros de población.

El año 83 algunos buscadores de oro de Lydenburg llegaron al valle del Cabo. Les habían dicho que allí encontrarían tierras de aluvión muy ricas en oro. Por desgracia, el agua para lavarlas faltaba por completo. Entonces se dispersaron por el valle y se establecieron en él á pesar de las fiebres palúdicas que allí reinaban. Explorando los montes que lo rodean, descubrieron al Sur ricos filones de oro. Un tal Barberg hizo hallazgos importantes. Pronto se estableció un campamento, y los aventureros acudieron á bandadas. Poco tiempo después, el campamento se convirtió en una aldea á la que se llamó *Barberton*. En julio del 86 esta aldea sólo contaba 30 casas habitables. Al finalizar el mismo año había ya seis hoteles, doce grandes almacenes y veintinueve tiendas. Allí sí que se podía decir que todo brotaba de la tierra. Hoy *Barberton*, como hemos visto más arriba, es una ciudad importante.

Tal vez, no hay punto alguno sobre la tierra donde los minerales preciosos sean tan abundantes como en el Africa Austral. No sólo se encuentra oro, sino también diamantes, y aun antes de que el oro fuera allí descubierto, las minas de diamantes habían ya atraído á millares de aventureros.

Hace apenas treinta años que las llanuras situadas al norte del río Orange, y en las villas del Vaal, no eran más que un desierto. Exceptuados los griquas, sólo se encontraban algunas habitaciones de boers. La tierra no pertenecía á nadie. La república libre de Orange quiso apropiársela en virtud de un tratado firmado en 1862, entre su antiguo presidente Pretorio, y el jefe de los griquas, Adan Kok; pero Waterboer, el jefe entonces de los griquas, negó tal derecho.

La república de Orange no insistió, considerando que el asunto no valía la pena, puesto que el suelo era de una aridez incontestable. La discusión quedó en suspenso.

Pero de pronto las cosas variaron de aspecto. Un cazador de avestruces, que disfrutaba de la hospitalidad de un boer, habitante en las orillas del Vaal, advirtió que los hijos de su huésped jugaban con una piedra bruta que le pareció una piedra preciosa. Examinada se encontró que era un diamante de 22 quilates y medio, representando un valor de 500 libras esterlinas ó sean unas 12,500 pesetas, precio en el que fué vendido al gobernador de la Colonia del Cabo.

Poco tiempo después de este descubrimiento, un cafre encontró otra piedra semejante; ésta fué la *Estrella de Africa*, uno de los más célebres diamantes que hoy se conocen. Después de tallada en Amsterdam fué vendida en 25,000 libras (625,000 pesetas.)

M. E.

«COSA JUZGADA»



El juicio que va á leerse, y que no tiene gran semejanza con el de Salomón, es auténtico, salvo detalles de poca monta, y se vió en 1832 en un pueblecillo de Francia.

Era ante el juez de paz.

El ujier anuncia con voz retumbante: *Miguel contra Gregorio!*... De la citación resulta que el zapatero Miguel tenía un mirlo en una jaula colgada á su puerta, que este mirlo se había escapado hacía un mes aproximadamente, y que algunos días después Miguel había reconocido al susodicho animal en una jaula, á la puerta de su vecino Gregorio, á cinco casas de distancia.

—Cómo habeis reconocido que ese mirlo era el vuestro? dice el juez á Miguel; tiene alguna seña particular?

—No, señor, pero es mi mirlo! puesto que Gregorio no lo tiene sino desde que el mío se escapó...

—Ah! ah! exclama el juez... Gregorio, desde cuándo teneis ese mirlo?

—Desde hace veinte días.

—De dónde procede?

—Lo cogí en los prados del Tío Felipe. Miguel exclama entonces:

—Me comprometo á probar que es mi mirlo! silbaba la canción, *Mambrú se fué á la guerra*...

—Ah! ah! ah! la cosa varía, dice el juez: es un medio de prueba perfectamente admisible.

Y entonces pronuncia un fallo en estos términos:

«Atendiendo á que en su estado natural, los mirlos no silban la canción, *Mambrú se fué á la guerra*, que esta educación que le ha sido dada por el hombre, requiere cuidados especiales y un largo tiempo, más de un mes seguramente, por grande que sea la inteligencia del sujeto—ordenamos que á nuestra próxima audiencia, ha de comparecer Gregorio trayendo el mirlo reivindicado, á fin de que podamos interrogarle sobre el hecho.—*La vista á los ocho días.*»

A la semana siguiente, en consecuencia, compareció el vecino Gregorio llevando la jaula, donde el mirlo, inquieto, daba vueltas de un lado á otro agarrándose á los alambres de su prision.

Las partes litigantes se adelantaron: el zapatero Miguel no apartaba del pájaro sus ojos conmovidos.

—Aquí está el mirlo, señor juez! dijo Gregorio.

—Está bien! ponedlo ahí. Escribano, podéis dar lectura al juicio interlocutorio.

El escribano lee el juicio, y el juez, apoyando la barba en la mano izquierda, pasa un dedo de la otra entre los alambres de la jaula, excitando al pájaro y preparándole con sus mimos al acto que iba á realizarse.

Entonces el juez empezó á cantar mirando con fijeza al mirlo: *Mambrú se fué á la guerra*... Esperó unos momentos; el pájaro no chistaba. Tres veces se repitió el canto: las tres igual inmovilidad, igual silencio del animalito.

El escribano, inquieto, se levantó tímidamente, se acercó á la jaula: «Creo, señor juez, dijo, que si no se hiciera más que cantar el aire sin pronunciar las palabras—pues el pájaro no las conoce—el interrogatorio podría dar más resultado.» Y á su vez, el escribano silbó el aire. Trabajo perdido!

«Atendiendo, falla gravemente el juez de paz, á que el mirlo reclamado por Miguel ha sido interpelado sucesivamente por mí, por nuestro escribano y por el ujier de servicio (en virtud de nuestro fallo anterior), de todos los modos y en todos los tonos, y

que nuestras interpelaciones han sido vanas: que por consiguiente, el demandante no ha suministrado la prueba del hecho en cuestión, declaramos su acción no admisible y mal fundada, y la denegamos condenándole al pago de costas.»

Apenas se había pronunciado el fallo, cuando el mirlo que tenía la cola precisamente frente á las narices del juez, se vuelve, le mira balanceando la cabeza y se pone á silbar con toda la fuerza de su gaza: te el aire de *Mambrú se fué á la guerra...*

—Lo veis! exclama Miguel, es mi mirlo!
—Qué queréis! dice el juez de paz; el asunto está fallado. Es cosa juzgada y no hay medio de volver sobre ella.



EXPLICACIÓN DE GRABADOS

Arrigo Boito es, de todos los compositores italianos contemporáneos, el más conocido fuera de su patria, exceptuando, por supuesto, á Verdi. Otros dos han alcanzado en estos últimos tiempos cierta celebridad: Franchetti, con «Asrael», y Mascagni, con «Cavalleria rusticana.» Pero por ahora, ninguno de los dos puede disputarle el puesto de jefe de la moderna escuela italiana. Este puesto lo debe Boito á una sola obra, el «Mefistófeles», silbada estrepitosamente el día de su primera representación en la Scala de Milan, y hundida, al parecer, definitivamente. Pero como obra de verdadero valor resucitó después de algunos años, y desde entonces ha recorrido los principales teatros de Europa y América.

Boito es además de músico, poeta. Siguiendo el ejemplo de Wagner, él mismo se ha escrito el libreto de su «Mefistófeles», y suyos son igualmente, el de la «Gioconda» de Ponchielli, el del «Crepúsculo», idilio musical en un acto, música del director de orquesta de la Scala, Gaetano Coronaro, y representado esta primavera en Hamburgo, y finalmente, el del «Otelo», de Verdi. Después del «Mefistófeles» Boito ha emprendido la composición de una nueva ópera, titulada «Neron» pero aunque varias veces se ha anunciado ya su estreno, hasta ahora, estos anuncios no se han cumplido. En opinión de los que la conocen esta nueva obra viene á confirmar el lugar preeminente que su autor ocupa en la escuela italiana moderna.

En nuestro grabado de la página 280 publicamos un episodio de las carreras de caballos, lo que constituye para la generalidad el momento más interesante del espectáculo. En otras naciones en que esta diversión tiene raíces más hondas, el interés se concentra en la carrera misma, en la lucha de velocidad y resistencia de los caballos, y de habilidad y de destreza de los *jockeys*: pero en Barcelona y Madrid, como en Milán y en Roma, un accesorio como es la vuelta y desfile de las carreras ha venido á convertirse para muchos en la parte principal.

El asunto del gracioso cuadro de P. R. Morris «¿Amigos ó enemigos?» está expuesto con bastante claridad para que necesite larga explicación. Dos niñas recogiendo florecillas se han internado en el bosque hasta verse sorprendidas por un re-

baño de gamos. Los asustadizos animales que instintivamente han comprendido que por allí nada tenían que temer, se acercan con curiosidad á las dos intrusas, que no saben si han de considerarlos como enemigos ó como amigos.



The Sun, *The Evening* y casi toda la prensa de Nueva York dedican artículos muy simpáticos á España y á su marina de guerra, con motivo de la llegada á aquella bahía de la Escuela Naval flotante, el *Nautilus*, con sus jóvenes alumnos.

The Evening titula su artículo *A Coming Naval Power*, y recuerda en él que el mundo debe á España el principio de lo que hoy se entiende por navegación. Los primeros tratados de esta ciencia fueron escritos españoles; por ellos trazaron probablemente las cartas que sirvieron á Francisco Drake y á los filibusteros para sus expediciones; el astrolabio y otros inventos, á españoles se deben, ó por ellos fueron perfeccionados.

Antes de que se fundara (en 1690) el Observatorio de Greenwich, la longitud se medía por el meridiano de la Isla de Hierro, una de las Canarias. Las áncoras que se construyen en Bilbao, son las mejores del mundo, y el Código del Consulado de la misma villa fué la más antigua legislación mercantil.

Aplauda *The Evening* la resurrección de nuestro poder naval, y elogia la competencia y cualidades de nuestros marinos.

The Sun refiere con no menor simpatía la visita hecha al *Nautilus* por uno de sus redactores. Traza la historia del barco, que encontró en perfecto estado, y hace el elogio de su oficialidad, de los 34 guardias marinas que lleva á bordo y de sus 70 grumetes y 137 marineros.



Un inquilino que no puede pagar el alquiler, procura enternecer al casero.

—Yo le pagaré á V. lo antes posible. Doy á V. mi palabra de honor.

El casero irritado:

—Esa moneda, ya la conozco. No me sirve.

La mujer (á las 2 de la madrugada). Tres horas he estado esperando á que vinieras.

El marido. Las mismas, que he esperado yo en el café, á que te durmieras.

El noticierismo:

Dos estudiantes alemanes salen del café en tal estado de embriaguez, que á los pocos pasos dan con su cuerpo en tierra. Un catedrático que pasa y conocía á los dos calaveras, les ayuda á levantarse, diciéndoles:

—Señores míos, me permitirán ustedes que les lleve á sus casas respectivas, pues llevo el mismo camino.

Y tomando del brazo á cada uno de los estudiantes emprenden la marcha tropezando y dando traspiés.

A la mañana siguiente un periódico refiere que se había visto al catedrático en tal estado de embriaguez, que se vieron obligados á llevarle del brazo á su casa, dos estudiantes.

Las amistades de la infancia y los vínculos de la sangre tienen la ventaja inapreciable, de que no hay mala inteligencia capaz de romperlos por completo. Basta una corta ausencia para restablecer en su primitivo estado las antiguas relaciones.

GOETHE.

La fuerza da la medida de la resistencia. La necesidad es la que nos hace desplegar todos los recursos. En los grandes dolores, el alma noble y enérgica descubre en el fondo de sí misma y pone en acción ese depósito de sentimientos invencibles que para estas ocasiones parece haber colocado Dios. Entonces descubre que á pesar de las barreras de una existencia pasajera, toca al infinito. Los golpes del dolor al chocar en esta alma valerosamente concentrada en sí misma, hacen brotar la chispa divina.

SHLEGEL.

Podrás domesticar al elefante, detener al jabali impetuoso, al caballo salvaje, al toro furioso; pero jamás á la serpiente ponzoñosa de la calumnia.

Proudhon, autor nada bobo, tiempo atrás ha publicado, cierto libro titulado *La propiedad es el robo.*

Al verle en un mostrador, entré, lo compré, lo abrí, y en la portada leí, *Es propiedad del autor.*

S. Ustr.

CIENCIA POPULAR

La *stratema*, cola y cemento universal que se ha anunciado con gran bombo en los Estados Unidos, se prepara del siguiente modo: Se disuelven 12 partes de cola blanca en 16 de vinagre por un lado, y por el otro 2 partes de gelatina en 15 de agua. Estas dos disoluciones se mezclan entre sí, y á la mezcla se añaden 2 partes de barniz de goma laca; el líquido se guarda en pequeños frascos.

La Sociedad de Artistas Españoles acaba de reproducir á la oleografía un notable cuadro de Morrell, representando el Sagrado Corazón de Jesús y lo ofrece á los suscriptores de esta revista, bajo las condiciones que se indican en el anuncio que hoy se publica en la sección correspondiente. Es un trabajo de grande efecto, muy bien ejecutado y en precio baratísimo.

Tipografía de la Casa P. de Caridad.

Pídanse estos medicamentos

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las

PASTILLAS PECTORALES

del Dr. Andreu y se aliviarán pronto por fuerte que sea. Sus efectos son tan rápidos y seguros que casi siempre desaparece la TOS al concluir la primera caja.

Para el ASMA prepara el mismo autor los Cigarrillos y Papeles azoados que lo calman al instante.

LOS RESFRIADOS

de la nariz y de la cabeza desaparecen en muy pocas horas con el

RAPÉ NASALINA

que prepara el mismo Dr. Andreu. Su uso es facilísimo y sus efectos seguros y rápidos.

PARA tener la BOCA

SANA, HERMOSA, FUERTE y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y los POLVOS de

MENTHOLINA DENTÍFRICA

que prepara el Dr. Andreu. Su uso emblanquece la dentadura, fortifica notablemente las encías, evitando las caries y la oscilación de los dientes. Su olor exquisito y agradable perfuma el aliento.

en todas las buenas farmacias

HIGIENE



ELEGANCIA

SEÑORES PELUQUEROS

PEDID EN TODAS PARTES

LOS POLVOS AMERICANOS DE JABON

LOS MÁS FINOS, ESPUMOSOS Y SUAVES

DE VENTA EN TODAS LAS PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

GRAN REGALO

á los Sres. suscriptores de LA SEMANA POPULAR ILUSTRADA

MAGNÍFICA PRIMA

ofrecida por la acreditada

SOCIEDAD DE ARTISTAS ESPAÑOLES

la que, imponiéndose respetables desembolsos, acaba de reproducir un notable cuadro del gran artista MORELL, representando el

SAGRADO CORAZON DE JESUS

En el mundo católico se notaba un vacío, y lo justificaba el que miles de personas de ambos continentes buscasen con avidez una pintura que satisficiera su ideal religioso, enlazado con JESUS y MARIA; mucho se ha pintado en este sentido, pero no se llenaban los deseos de los fieles, esto es, el vacío existía; á la SOCIEDAD DE ARTISTAS ESPAÑOLES, le ha cabido la honra de ver coronados sus extraordinarios esfuerzos, reproduciendo el cuadro de MORELL, que representa el **SAGRADO CORAZON DE JESUS**, y con grata satisfacción anuncia que tiene en prensa como *pendant*, el del **SAGRADO CORAZON DE MARIA**, del mismo autor.

Por el que ofrecemos hoy podrá verse que el célebre artista MORELL, ha sabido trasladar al lienzo una imagen que sintetizara el ardor que siente el orbe católico, que ha sabido hermanar la religión con el arte, el sentimiento con la belleza, lo sublime con la santidad.

Esta reproducción mide 92 centímetros de alto, por 64 de ancho, y á pesar de ser su valor intrínseco de **ptas. 30**, se ofrece á los suscriptores de LA SEMANA POPULAR ILUSTRADA por la insignificante suma de **ptas. 3'75** cada ejemplar, siempre que se acompañe el adjunto cupón.

Ptas. 3'75 ejemplar.

Vale hasta el 30 Junio 1891.

CUPÓN PRIMA
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

ejemplares.

SOCIEDAD DE ARTISTAS ESPAÑOLES

Representantes: Sres. Roldós y C.^a

CENTRO DE ANUNCIOS, ESCUDILLERS, 30.

Vale hasta el 30 Junio 1891.

INSTRUCCIONES

Córtese el cupón y acompañando **ptas. 3'75** se entregará un ejemplar de la oleografía representando el **SAGRADO CORAZON DE JESUS** por MORELL, en casa de los Sres. Roldós y C.^a, Centro de anuncios, Escudillers, 30.—Es indispensable la presentación del cupón para poderla adquirir á este precio.

NOTA.—Los señores suscriptores de fuera de esta capital que deseen adquirir la oleografía que ofrecemos, deben hacerla recoger en casa del representante que indica el cupón; y de no serles posible, pueden dirigirse á los Sres. Roldós y C.^a, Escudillers, 30, Barcelona, incluyendo bajo sobre certificado 3 pesetas en letra de fácil cobro ó del giro mutuo, y les será enviada franca de porte, de embalajes y certificada. Se suplica que el nombre y dirección sea bien inteligible.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

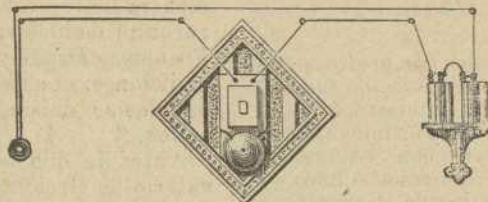
LA ELECTRA funcionando sin ruido

PATENTE DE INVENCION

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

Al contado y á plazos.

18 bis, AVIÑÓ, 18 bis.—BARCELONA



E. HERNANDEZ CUXART

Constructor
de timbres eléctricos
y de otros varios
aparatos de alarma.

Se doran y platan
toda clase de objetos.

Bailén, 83. (Frente casa Masriera, Ensanche.)—Barcelona.

CURSO DE FRANCÉS PARA SEÑORITAS

¡POR PROFESORAS FRANCESAS

con inmejorables referencias

RONDA DE SAN ANTONIO, NÚM. 41, PISO 3.º, PUERTA 2.ª

Precio: UN DURO mensual

Se dan también lecciones en colegios y casas particulares.

SERVICIOS

DE LA

COMPañIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Oádiz y el 30 de Santander.

Línea de Colón.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto-Rico. Un viaje mensual saliendo de Vigo el 12, para Puerto Rico, Costa-Firme y Colón.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina y Japón. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 9 de enero de 1891, y de Manila cada 4 martes á partir del 13 de enero de 1891.

Línea de Buenos-Aires.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Oádiz á partir del 7 de junio de 1891.

Línea de Fernando Póo.—Con escalas en las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia. Un viaje cada tres meses, saliendo de Oádiz.

Servicios de Africa.—Línea de Marruecos. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Oádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Oádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Oádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: La Compañía Trasatlántica y los señores Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Oádiz: la Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid: Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: don Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: señores Dart y Compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.

LA PREVISIÓN

Sociedad anónima de Seguros sobre la vida, á prima fija

DOMICILIADA EN BARCELONA

Dormitorio de San Francisco, núm. 8, principal.

CAPITAL SOCIAL: 5.000.000 DE PESETAS

JUNTA DE GOBIERNO

Presidente

Excmo. Sr. D. José Ferrer y Vidal.

Vicepresidente

Excmo. Sr. Marqués de Sentmenat.

Vocales

Sr. D. Lorenzo Pons y Clerch.
Sr. D. Eusebio Güell y Bacigalupi.
Sr. Marqués de Montoliu.
Excmo. Sr. Marqués de Alella.
Sr. D. Juan Prats y Rodés.

Sr. D. N. Joaquín Carreras.
Sr. D. Luis Martí Oodolar y Gelabert.
Sr. D. Carlos de Camps y de Oliznellas.
Sr. D. Juan Ferrer y Soler.
Sr. D. Antonio Goytisolo.

Comisión Directiva

Sr. D. Fernando de Delás.
Sr. D. José Carreras Xuriach.
Excmo. Sr. Marqués de Robert.

Administrador

Sr. D. Simón Ferrer y Ribas.

Esta Sociedad se dedica á constituir capitales para formación de dotes, redención de quintas y otros fines análogos; seguros de cantidades pagaderas al fallecimiento del asegurado; constitución de rentas vitalicias inmediatas y diferidas, y depositos devengando intereses.

Estas combinaciones son de gran utilidad para las clases sociales.

La formación de un capital, pagadero al fallecimiento de una persona, conviene especialmente al padre de familia que desea asegurar, aun después de su muerte, el bienestar de su esposa y de sus hijos: al hijo que con el producto de su trabajo mantiene á sus padres: al propietario que quiere evitar el fraccionamiento de su herencia: al que habiendo contraído una deuda, no quiere dejarla á cargo de sus herederos: el que quiere dejar un legado sin menoscabo del patrimonio de su familia, etc.

En la mayor parte de las combinaciones los asegurados tienen participación en los beneficios de la sociedad.

Puede también el suscriptor optar por las **Pólizas sorteadas**, que entre otras ventajas presentan la de poder cobrar anticipadamente el capital asegurado, si la fortuna le favorece en alguno de los sorteos anuales.

Encíclica de Su Santidad el Papa León XIII SOBRE LA CUESTION OBRERA.

A TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL ORBE CATOLICO, EN GRACIA Y COMUNION DE LA SEDE APOSTOLICA.

LEON XIII PAPA

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica. El ardiente deseo de novedades que hace ya no poco tiempo comenzó a agitar a las naciones, debía pasar naturalmente algún día del orden político a su inmediato, el orden de la economía social. En realidad, los progresos portentosos de las artes y los nuevos caminos emprendidos por la industria; el cambio de las relaciones existentes entre patronos y obreros; el haberse acumulado en pocas manos las riquezas y extendido la pobreza en la multitud; el sentimiento de su fuerza, cada vez más vivo, en las clases obreras, y su unión cada vez más íntima; este conjunto de cosas y el empujamiento de las costumbres, han hecho estallar el conflicto. El cual es de tal y tanta gravedad, que tiene disgustados y suspensos los ánimos, y ocupa de tal modo el ingenio de los doctos, los Congresos de los sabios, las Asambleas populares, los Parlamentos y los Consejos de los Príncipes, que hoy no hay cuestión que en más alto grado interese al mundo.

Así, lo que en pro de la causa de la Iglesia y por el bien común hemos hecho otras veces, venerables hermanos, con nuestras Encíclicas sobre los poderes públicos, la libertad humana, la constitución cristiana de los Estados, y otras del mismo género, que nos pareció oportuno publicar para refutación de funestos errores; lo que hemos hecho otras veces haremos ahora, y por las mismas causas, respecto de la cuestión obrera. Tocamos ya esta materia más de una vez, cuando se brindó ocasión de hacerlo. Mas la conciencia de nuestro apostólico ministerio nos mueve a tratarla ahora de propósito y plenamente, para poner de relieve los principios con que la cuestión se resuelve, según justicia y equidad. Cuestión es ésta ciertamente difícil y no exenta de peligros. Difícil, porque es empresa árdua señalar los precisos límites de las relaciones entre los propietarios y los proletarios, entre el capital y el trabajo. Peligrosa, porque espíritus turbulentos y astutos, se consagran a extraviar los juicios, a fin de servir de esta cuestión para soliviantar a los pueblos.

De cualquier modo, es claro, y en esto convienen todos, que es de extrema necesidad acudir rápidamente con oportunas providencias en auxilio de los proletarios, que en su mayor parte se encuentran indignamente reducidos a condición demasiado triste.

Suprimidas en el siglo pasado las corporaciones de artes y oficios sin sustituirlas con otra cosa, al mismo tiempo que las instituciones y las leyes se alejaban del espíritu cristiano, sucedió que poco a poco los obreros quedaron solos e indefensos, enfrente de la codicia de los patronos y de una desenfrenada competencia. Aumenta el mal una usura devoradora que, a pesar de haber sido tantas veces condenada por la Iglesia, sin embargo existe del mismo modo, aunque con nueva forma, ejercida por hombres codiciosos y especuladores. Añádase a esto el monopolio de la producción y del comercio, ejercido por un número relativamente muy pequeño de grandes capitalistas, los que han impuesto a la infinita multitud de los proletarios un yugo poco menos que servil.

Para remedio de estos males, los socialistas, excitando en los pobres el odio a los ricos, pretenden que debe abolirse la propiedad y hacerse de todos los patrimonios particulares un patrimonio común, administrado por el Municipio o por el Estado. Creen curar radicalmente el mal con esta transformación de la propiedad personal en colectiva, y con la igual distribución de las cosas y de las utilidades entre los ciudadanos. Pero este camino, lejos de conducir a la curación del mal, no hace sino perjudicar a los mismos obreros. Además, es por muchos títulos injusto, pues desconoce y destruye los derechos de los legítimos propietarios, altera la naturaleza de las funciones del Estado y subvierte todo el orden social.

Y realmente no es difícil de comprender que el objeto del trabajo, el fin próximo que se propone el que trabaja, es la propiedad privada. Pues si emplea sus fuerzas, su industria en provecho de otro, lo hace para proporcionarse de este modo lo necesario a la vida, y así, con su trabajo, adquiere verdadero y perfecto derecho, no ya sólo de exigir el precio debido, sino de invertirlo según su voluntad. Luego si con sus economías logra constituir un fondo de ahorros, y para asegurarlo mejor lo invierte en la compra de un terreno, este terreno no es en último resultado otra cosa que el salario mismo, cambiado de forma, y consecuentemente propiedad suya, ni más ni menos que el mismo salario. Y en esto cabalmente consiste, como saben todos, la propiedad, ya mueble, ya inmueble. Con la teoría socialista se quita al obrero la libertad de invertir como quiera sus salarios, y por lo tanto quedan destruidos sus derechos y su esperanza de acrecentar el patrimonio doméstico y de mejorar su estado, y por esto se hace más triste su situación.

Lo peor del caso es que el remedio por los socialistas propuesto, es una patente injusticia, porque, poseer privadamente como suyas las cosas, es un derecho dado al hombre por la naturaleza. En realidad, también en esto existe gran divergencia entre el hombre y el bruto. El bruto no se dirige y gobierna a sí mismo, sino que dos instintos le rigen y gobiernan, los cuales por un lado desarrollan su actividad y desenvuelven sus fuerzas, y por otro determinan y circunscriben todo movimiento suyo. Estos dos instintos son el de la propia conservación, y el de la conservación de la propia especie.

Para conseguir estos dos fines le basta el uso de aquellos determinados medios que encuentra a su alrededor: no podría alargar más la vista, pues está dotado sólo de sentidos, y los sentidos sólo pueden percibir las cosas particulares.

Bien diversa es la naturaleza del hombre. Poseyendo éste en toda su plenitud la vida sensitiva, por este lado le es dado también, tanto como a los animales, usufructuar los bienes de la naturaleza animal. Pero la animalidad en toda su extensión, lejos de circunscribir la naturaleza humana, es muy inferior a ésta, y ha sido hecha para estarle sujeta. El gran privilegio del hombre, lo que lo constituye tal y lo distingue esencialmente del bruto, es la inteligencia, ó sea la razón. Y he aquí por qué, racionalmente hablando, hay que conceder al hombre sobre los bienes de la tierra algo

más que el simple uso, común también a los otros animales; este algo no puede ser otro que el derecho de propiedad estable, y no sólo propiedad de lo que se consume usándolo, sino de lo que el uso no consume.

Resulta todo esto aún más evidente si se penetra más y más en la naturaleza humana. Pues por la indeterminada amplitud de su conocimiento, que abraza, además de lo presente, lo porvenir, y por su libertad, el hombre, bajo la ley eterna y la providencia universal de Dios, se gobierna a sí mismo por la providencia de sus consejos. Debe poder elegir, por lo tanto, los medios que juzga más propios para el sostenimiento de su vida, no sólo en los actuales momentos, sino en lo futuro. Equivale esto a decir que, además del dominio de los frutos que da la tierra, pertenece al hombre el dominio de la tierra misma, de cuyo seno fecundo ve ser suministrado lo preciso para sus necesidades en lo porvenir. Realmente las necesidades del hombre se reproducen constantemente, y así, satisfechas hoy, se ven aparecer mañana. Debe haber dado, en consecuencia, la naturaleza al hombre el derecho a bienes estables y perennes, proporcionados a la perpetuidad de socorros que necesita; bienes que sólo puede suministrar la tierra con su inagotable fecundidad.

No existe razón para recurrir a la providencia del Estado, pues el hombre es anterior al Estado, ya que antes de que se formara la sociedad civil tenía por la naturaleza el derecho de proveer a sus necesidades. Y no se diga que Dios dió la tierra para uso y goce de todo el género humano, como opuesto al derecho de la propiedad privada, pues aquel don le hizo a todos, no en cuanto todos debieran tenerlo y usar de él comúnmente, sino en cuanto no señaló ninguna parte del suelo determinadamente a ninguno, dejando que lo hicieran la industria de los hombres y el derecho especial de los pueblos. Por otra parte, la tierra, si bien dividida en propiedades privadas, permanece, no obstante, a servicio y beneficio de todos, no habiendo hombre alguno en la tierra que no reciba de ella alimento. Quien no tiene bienes propios, los adquiere con el trabajo, tanto, que puede afirmarse con verdad ser medio universal de proveer a las necesidades de la vida. El trabajo, empleado en cultivar un terreno propio ó en ejercer un arte, pues el salario que por este ejercicio se obtiene se cambia por fruto de la tierra. De todo esto resulta una vez más que la propiedad privada está perfectamente conforme con la naturaleza. La tierra, es verdad, da al hombre con abundancia las cosas necesarias para la conservación de la vida, y más aún para su perfeccionamiento, pero no lo podría dar por sí misma, sin el cultivo y sin los cuidados del hombre.

Pero ¿qué hace éste, consumiendo los recursos de su espíritu y las fuerzas de su cuerpo para procurarse estos bienes de la naturaleza? Se aplica, por decirlo así, la porción de la naturaleza corporal que cultiva, y deja en ella como un cierto sello de su persona, hasta el punto de que, en buena justicia, este bien será poseído como suyo, y no será lícito a nadie violar su derecho de ninguna manera.

La fuerza de estos razonamientos es de una evidencia tal, que hace que uno se admire de que ciertos sostenedores de antiguas opiniones puedan todavía contradecir esta doctrina, concediendo sin duda al hombre privado el uso del suelo y los frutos de los campos, pero rehusándole el derecho de poseer, en calidad de propietario, ese suelo en que ha edificado esa porción de tierra que él ha cultivado. No ven, pues, que despojan así a ese hombre del fruto de su trabajo, porque, al fin, ese campo, trabajado con arte por la mano del labrador, ha cambiado completamente de naturaleza; de erial, le ha convertido en campo cultivado; de infecundo, le ha hecho fértil.

Lo que ha hecho es inherente al suelo, y se confunde de tal manera con él, que sería en gran parte imposible separarle del mismo. ¿Pero toleraría la justicia que un extraño viniese entonces a atribuirse esta tierra regada con los sudores del que la ha cultivado? De la misma manera que el efecto sigue a la causa, así es justo que el fruto del trabajo sea para el trabajador. Con razón, pues, la universalidad del género humano, sin conmoverse por las opiniones contrarias de un corto número, reconoce, considerando atentamente la naturaleza, que en sus leyes reside el primer fundamento de la repartición de los bienes y de las propiedades privadas; con razón, la costumbre de todos los siglos ha sancionado una situación tan conforme a la naturaleza del hombre y a la vida tranquila y reposada de las sociedades.

De su parte las leyes civiles, que sacan su valor, cuando son justas, de la ley natural, confirman este mismo derecho y le protegen por la fuerza.

Por último, la autoridad de las leyes divinas viene a fijar su sello prohibiendo, bajo penas muy graves, hasta el deseo mismo del bien ajeno. «No desearás la mujer de tu prójimo, ni su casa, ni su campo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que es suyo. (Deut., V, 21.)

Sin embargo, estos derechos, que son innatos en cada hombre, tomados aisladamente aparecen más rigurosos todavía, cuando se les considera en sus relaciones y enlace con los deberes de la vida doméstica. Nadie duda que en la elección de un género de vida sea libre cada uno, ó de seguir el consejo de Jesucristo sobre la virginidad, ó de contraer un lazo conyugal.

Ninguna ley humana puede quitar de ninguna manera el derecho natural y primordial de todo hombre al matrimonio, ni circunscribir el fin principal por el que ha sido establecido por Dios desde su origen: *Creced y multiplicaos*. (Génesis, I, 28.) He aquí, pues, la familia, es decir, la sociedad, muy pequeña sin duda, pero real y anterior a toda sociedad, a la cual desde entonces es preciso de toda necesidad atribuir ciertos derechos y ciertos deberes absolutamente independientes del Estado.

Así este derecho de propiedad que tenemos, en nombre mismo de la naturaleza, reivindicado por el individuo, es preciso transferirle ahora al hombre constituido en jefe de la familia. Aún más; al pasar este derecho a la sociedad doméstica, adquiere tanta mayor fuerza cuanto mayor extensión adquiere en ella la persona humana. La naturaleza impone al padre de familia el deber sagrado de alimentar y sostener a sus hijos, y aún va más allá todavía.

Como los hijos reflejan la fisonomía de su padre, y son una especie de continuación de su persona, la naturaleza le

inspira que se preocupe de su porvenir y de crearles un patrimonio que les ayude a defenderse de la peligrosa travesía de la vida contra todas las sorpresas de la mala fortuna. Pero ¿podrá crearles este patrimonio sin la adquisición y posesión de los bienes permanentes y productivos que él pueda transmitirles por vía de herencia? Como la sociedad civil, la familia, según dejamos dicho más arriba, es una sociedad propiamente dicha, con su autoridad y su gobierno propios, autoridad y gobierno paternos. Por esto, sin duda, en la esfera que le determina su fin inmediato, ella goza siempre, por la elección y empleo de todo lo que exigen su conservación y el ejercicio de una justa independencia, de iguales derechos, por lo menos, que la sociedad civil. Decimos por lo menos, porque la sociedad doméstica tiene sobre la sociedad civil una prioridad lógica y una propiedad real de las que participan necesariamente sus derechos y sus deberes. Si los individuos y las familias, al entrar en la sociedad, encontrasen en ella, en vez de una protección, una disminución de sus derechos, habría que huir de esa sociedad antes que buscarla.

Querer, pues, que la autoridad civil invada arbitrariamente hasta el santuario de la familia, es un error grave y funesto. Seguramente que, si existe en alguna parte una familia que se encuentre en una situación desesperada y que haga varios esfuerzos para salir de ella, es justo que en tales extremos venga en su socorro el poder público, porque cada familia es un miembro de la sociedad. De la misma manera, si existe en alguna parte algún hogar doméstico que sea teatro de graves violaciones de los derechos mutuos, el poder público debe dar a cada uno su derecho. No es esto usurpar las atribuciones de los ciudadanos; es afirmar sus derechos, protegerlos, defenderlos como conviene. Allí, sin embargo, debe detenerse la acción de los que presiden la cosa pública, porque la naturaleza les prohíbe traspasar estos límites. La autoridad paterna no puede destruirse ni ser absorbida por el Estado, porque tiene su origen donde empieza la vida humana. *Los hijos son algo de su padre*; son en cierta manera una continuación de su persona, y, para hablar con exactitud, no se agregan é incorporan ellos a la sociedad civil inmediatamente por sí mismos, sino por mediación de la sociedad doméstica en la cual han nacido. *De que los hijos sean algo de su padre, dedúcese que deben ellos quedar bajo la tutela de los padres hasta que hayan adquirido el uso del libre arbitrio* (Santo Tomás II. II. Quest. X, art. XII). Así al sustituir a la providencia paterna la providencia del Estado, los socialistas van contra la justicia natural y rompen los lazos de la familia.

Pero, además de la injusticia de su sistema, se ven también todas las funestas consecuencias: la perturbación en todas las clases de la sociedad; una sediciosa é insoportable esclavitud para todos los ciudadanos; la puerta abierta para todas las envidias, para todos los descontentos, para todas las discordias; el talento y la habilidad privados de sus estímulos; y como consecuencia necesaria agotadas las riquezas en su origen, y en fin, en lugar de aquella igualdad tan soñada, la igualdad en la desnudez, en la indigencia y en la miseria.

Por todo lo que Nos acabamos de decir se comprende que la teoría socialista de la propiedad colectiva es absolutamente repudiable como perjudicial para aquellos mismos que se quiere socorrer, contraria a los derechos naturales de los individuos, desnaturalizadora de las funciones del Estado y perturbadora de la tranquilidad pública. Quede, pues, bien determinado que el primer fundamento que ha de establecerse por todos los que quieren sinceramente el bien del pueblo es la inviolabilidad de la propiedad privada.

Expliquemos ahora dónde conviene buscar el remedio tan deseado.

Nos abordamos con seguridad este asunto y en toda la plenitud de Nuestro derecho, porque la cuestión que se agita es de una naturaleza tal, que, a menos de apelar a la Religión y a la Iglesia, es imposible darle jamás una solución eficaz. Ahora bien: como a Nos principalmente están confiadas la salvaguardia de la Religión y la dispensación de lo que es del dominio de la Iglesia, callarnos sería, a los ojos de todos, descuidar Nuestro deber.

Seguramente que una cuestión de esta gravedad pide también a otros agentes su parte de actividad y de esfuerzos. Queremos hablar de los gobernantes, de los señores y de los ricos, de los obreros mismos, cuya suerte está en juego. Pero lo que Nos afirmamos sin vacilación, es la inanidad de su acción fuera de la Iglesia.

La Iglesia es, en efecto, la que saca del Evangelio doctrinas capaces de poner fin al conflicto, ó al menos de suavizarle, quitándole todo lo que tiene de áspero y agrio; la Iglesia, que no se contenta con iluminar el espíritu con sus enseñanzas, sino que se esfuerza también en regular la vida y costumbres de cada uno; la Iglesia, que por una multitud de instituciones eminentemente benéficas tiende a mejorar la suerte de las clases pobres; la Iglesia, que quiere y desea ardientemente que todas las clases pongan en común sus luces y sus fuerzas para dar a la cuestión obrera la mejor solución posible; la Iglesia, en fin, que estima que las leyes y la autoridad pública deben indudablemente allegar con medida y sabiduría a esta solución su parte de concurso.

El primer principio que hay que poner de relieve es que el hombre debe sufrir con paciencia su condición: es imposible que en la sociedad civil todo el mundo sea elevado al mismo nivel. Sin duda, esto es lo que persiguen los socialistas, pero contra la naturaleza todos los esfuerzos son vanos.

Ella es, en efecto, la que ha establecido entre los hombres diferencias tan múltiples como profundas; diferencias de inteligencia, de talento, de habilidad, de salud, de fuerza; diferencias necesarias, de donde nace espontáneamente la desigualdad de las condiciones.

Esta desigualdad, por otra parte, redundará en provecho de todos, de la sociedad como de los individuos; porque la vida social requiere un organismo muy variado y funciones muy diversas, y lo que obliga precisamente a los hombres a distribuirse estas funciones es principalmente la diferencia de sus condiciones respectivas.

Por lo que respecta al trabajo en particular, el hombre, en el estado mismo de inocencia, no estaba destinado a vivir en la ociosidad, pero a lo que la voluntad hubiese abrazado.

libremente como un ejercicio agradable, la necesidad ha añadido, después del pecado, el sentimiento del dolor y lo ha impuesto como una expiación. *La tierra será maldita á causa de ti: por el trabajo sacarás de ella con que alimentarte todos los días de tu vida. (Maledicta terra in opere tuo; in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ). (Gen. III, 17).*

Lo mismo sucede con todas las calamidades que se han desatado sobre los hombres. Aquí abajo no tendrán fin ni tregua, pues los funestos frutos del pecado son amargos, ásperos, acerbos y acompañan necesariamente al hombre hasta su último suspiro. Si; el dolor y el sufrimiento son la herencia de la humanidad, y los hombres lo ensayarán todo y lo intentarán todo para destruirla, pero no lo lograrán jamás, cualesquiera que sean los recursos que desplieguen y las fuerzas que pongan en juego. Si hay quienes se atribuyen el poder y quienes prometen al pobre una vida exenta de sufrimientos y de trabajos y llena de reposo y de perpetuos goces, esos engañan ciertamente al pueblo y le tienden emboscadas donde se ocultan para lo porvenir más terribles calamidades que las presentes.

El mejor partido consiste en ver las cosas tal como ellas son, y como Nos lo hemos dicho, en buscar en otra parte un remedio capaz de aliviar nuestros males.

El error capital en la cuestión presente es el creer que las dos clases son enemigas netas una de la otra, como si la naturaleza hubiera armado á los ricos y á los pobres para que combatesen mutuamente en un duelo obstinado. Es ésta una aberración tal, que, por el contrario, hay que colocar la verdad en una doctrina totalmente opuesta; pues del mismo modo que en el cuerpo humano los miembros, á pesar de su diversidad, se adaptan maravillosamente uno á otro, de modo que forman un todo exactamente proporcionado y que se puede llamar simétrico, así en la sociedad las dos clases están destinadas por la naturaleza á unirse armoniosamente y mantenerse mutuamente en un perfecto equilibrio. Ambas tienen imperiosamente necesidad la una de la otra; no puede haber capital sin trabajo, ni trabajo sin capital.

La concordia engendra el orden y la belleza; por el contrario, de un conflicto perpetuo no puede resultar más que confusión y luchas salvajes. Luego, para dirimir este conflicto y atacar al mal en su raíz, las instituciones cristianas poseen una virtud admirable y múltiple. Por de pronto, toda la economía de las verdades religiosas, de las cuales la Iglesia es guardiana é intérprete, es de índole de aproximar y reconciliar á los ricos y á los pobres, recordando á las dos clases sus deberes mutuos, y sobre todo aquellos que derivan de la justicia. Entre estos deberes, he aquí los que dicen relación al pobre y al obrero: debe suministrar íntegra y fielmente todo el trabajo á que se ha comprometido por el contrato libre y conforme á la equidad; no debe lesionar á su patron ni en sus bienes ni en su persona; sus reivindicaciones mismas deben estar exentas de violencias, y no deben revestir jamás la forma de sediciones; debe huir de los hombres perversos que en discursos artificiosos le sugieren esperanzas exageradas y le hacen grandes promesas, las cuales no conducen más que á estériles disgustos y á la ruina de las fortunas. En cuanto á los ricos y á los patronos, no deben tratar al obrero como esclavo, sino respetar en él la dignidad de hombre, elevada aún más por la de cristiano. El trabajo del cuerpo por el testimonio común de la razón y de la filosofía cristiana, lejos de ser una causa de vergüenza, hace honor al hombre, pues que le suministra un noble medio de sustentar su vida.

Lo que es vergonzoso é inhumano es el considerar los hombres como viles instrumentos de lucro y no estimarlos más que en proporción del vigor de sus brazos. El Cristianismo, además, prescribe que se tengan en cuenta los intereses espirituales del obrero y el bien de su alma. A los patronos corresponde velar para que en eso se dé plena satisfacción á los obreros, para que el obrero no se vea entregado á la seducción y á las excitaciones corruptoras, para que nadie venga á debilitar en él el espíritu de familia ni los hábitos de economía. Impide además, á los patronos imponer á sus subordinados un trabajo superior á sus fuerzas ó en desacuerdo con su edad ó con su sexo.

Pero, entre los deberes principales del patron, es preciso colocar en el primer rango el de dar á cada cual el salario que le pertenece. Seguramente, para fijar la justa medida del salario, hay numerosos puntos de vista que considerar. De un modo general se puede decir que el rico y el patrono que se entreguen á explotar la pobreza y la miseria y á especular sobre la indigencia, hacen cosas que reprueban igualmente las leyes divinas y humanas. Sería un crimen que pediría venganza al cielo el quitar á cualquiera el precio de su trabajo. *He aquí que el salario que habeis robado por fraude á nuestros obreros clama contra vosotros; y su clamor llega hasta los oídos del Dios de los ejércitos.* En fin, los ricos deben renunciar á todo acto violento, á todo fraude, á toda maniobra usuraria cuya índole sea de conspirar contra el aborreo del pobre, y cuanto menos aptitud tenga éste para defenderse y su haber tenga menos importancia, más sagrado debe ser ese respeto.

La obediencia á estas leyes, Nos preguntamos, ¿no bastará por sí sola para hacer cesar todo antagonismo y para suprimir las causas de él? La Iglesia, instruida y dirigida por Jesucristo en todas ocasiones, dirige su vista más alto y propone un cuerpo de preceptos más completo, pues que ambiciona resellar la unión de las dos clases hasta unir una y otra por los lazos de una verdadera amistad. Nadie podrá tener una inteligencia verdadera de la vida mortal ni estimarla en su justo valor si no se eleva hasta la consideración de esa otra vida que es inmortal. Suprimid esto, y toda forma y toda verdadera noción de la honestidad desaparece: más aun: el universo entero se convierte en un misterio impenetrable.

Cuando hayamos abandonado esta vida, entonces únicamente comenzaremos á vivir; esta verdad que nos enseña la misma naturaleza es un dogma cristiano, sobre el cual reposa como su primer fundamento toda la economía de la religión. No: Dios no nos ha hecho para estas cosas frágiles y caducas; sino más bien para las cosas celestes y eternas; no nos ha dado la tierra como una morada fija, sino como un lugar de destierro. Que abundeis en riquezas y en todo lo que reporta bienes de fortuna, ó que os veais privados, eso no importa de ningún modo para conseguir la felicidad eterna; el uso que de ellos hagais es lo que os interesa. Con su redención superabundante, Jesucristo no ha suprimido las aflicciones que forman casi toda la trama de la vida mortal; ha dado estimulantes para la virtud y fuentes para el mérito, de modo que no hay hombre que pueda pretender las recompensas eternas si no marcha por las vías sangrientas de

Jesucristo: *Si nosotros sufrimos con El, con El reinaremos.* (II Tim. 11, 12.)

Por otra parte, eligiendo El mismo la cruz y los tormentos, ha endulzado de un modo singular las cargas y las amarguras, y, á fin de hacernos más soportable el sufrimiento, ha añadido al ejemplo su gracia y la promesa de una recompensa sin fin. «Pues el momento tan corto y tan ligero de las aflicciones que sufrimos en esta vida produce en nosotros el fruto eterno de una gloria soberana é incomparable.» (II Cor., IV, 17.) Así, los afortunados de éste están advertidos de que las riquezas no les ponen á cubierto del dolor; de que ellas no son de ninguna utilidad para la vida eterna, sino más bien un obstáculo (Math. XIX, 23-24); de que deben temblar ante las sentencias inusitadas que Jesucristo profiere contra los ricos (Luc. VI, 24-25); de que, en fin, llegará un día en que deberán dar á Dios, su juez, una cuenta muy rigurosa del uso que hayan hecho de su fortuna.

He ahí la doctrina sobre el uso de las riquezas, de una excelencia y de una importancia extrema que la filosofía ha podido bosquejar, pero á la cual la Iglesia ha dado la perfección y la ha hecho descender desde la teoría á la práctica. El fundamento de esta doctrina está en la distinción entre la justa posesión de las riquezas y su legítimo uso. Respecto de la propiedad privada, Nos lo hemos dicho más arriba, es para el hombre de derecho natural, el ejercicio de este derecho, es cosa, no solamente permitida al que vive, sobre todo en sociedad, sino que es absolutamente necesaria. (*Licetum est quod homo propria possideat. Et est etiam necessarium ad humanam vitam.* S. Thom. III Quest. I XVI a. 2.)

Sin embargo, si se pregunta en que se ha de hacer consistir el uso de los bienes, la Iglesia responde sin vacilación: «En este concepto el hombre no debe tener las cosas exteriores por privadas, sino como comunes, de tal suerte que se las comunique fácilmente á los demás en sus necesidades. Por esto ha dicho el Apostol: Ordena á los ricos de este siglo.... dar fácilmente y comunicar sus riquezas.» (Segunda parte, cuestión a. 2.)

Nadie seguramente está obligado á remediar al prójimo tomándolo de lo que él necesita ó de lo de su familia, ni tampoco á privarse de nada de lo que la conveniencia ó el bienestar imponen á su persona. *Nadie, en efecto, debe vivir de una manera contraria á las conveniencias.* Pero cuando se ha satisfecho suficientemente á lo que exigen, la necesidad y el decoro, es un deber destinar lo superfluo á los pobres. (*Quod superest, date eleemosinam.*—Luc., XI, 41.) Es un deber, no de estricta justicia, salvo los casos de extrema necesidad, sino de caridad cristiana; un deber, por consecuencia, cuyo cumplimiento no puede lograrse por las vías de la justicia humana. Pero por encima de los juicios de los hombres y de sus leyes está la ley, el juicio de Jesucristo nuestro Dios, que nos persuade siempre á que hagamos limosna. *Es más feliz, dice, el que da que el que recibe.* (Act., XX, 35), y el Señor considerará como hecha ó negada á sí mismo la limosna que se hubiere hecho ó negado á los pobres. *Siempre que hayáis limosna al menor de mis hermanos que veis, es á mí á quien la hacéis.* (Mateo, XXV, 40.)

Por fin, he aquí en pocas palabras el resumen de esta doctrina. Quien quiera que haya recibido de la Divina Bondad mayor abundancia, ora de bienes externos y del cuerpo, ora de bienes del alma, los ha recibido con el fin de emplearlos en su propio perfeccionamiento, y en general como ministro de la Providencia, para alivio de los demás. Por lo que, «el que tiene el don de la palabra, que cuide de no callarse; el que tiene abundancia de bienes, que no deje á la misericordia amortecida en el fondo de su corazón; el que tiene el arte de gobernar, que procure cuidadosamente participar con su hermano tanto del ejercicio como de los frutos.» (S. Greg. Magn. en Evang. Hom. IX, n. 7.)

En cuanto á los desheredados de la fortuna, aprenden de la Iglesia que, según la sentencia del mismo Dios, la pobreza no es un oprobio, y que no hay que avergonzarse de tener que ganar el pan con el sudor de la frente. Esto es lo que Jesucristo Nuestro Señor confirmó con su ejemplo, *viviéndose de rico indigente* (II Cor. XIII, 9), para la salud de los hombres; que siendo Hijo de Dios y Dios mismo, quiso pasar á los ojos de los hombres por hijo de un artesano; que llegó hasta consumir gran parte de su vida en trabajos mercenarios. (Marc. VI, 3.)

El que tenga ante su vista el modelo divino, comprenderá fácilmente lo que vamos á decir, á saber: que la verdadera dignidad del hombre y su excelencia están en sus costumbres y en su virtud; que la virtud es patrimonio común de los mortales, al alcance de todos, de grandes y pequeños, pobres y ricos; que solamente la virtud y los méritos, en quien quiera se encuentren, obtendrán la recompensa de la eterna felicidad. Hacia las clases desafortunadas es hacia quienes parece inclinarse con preferencia el corazón de Jesucristo. Jesucristo llama á los pobres bienaventurados (Mat. XV, 55); invita amorosamente á que vengan á él, á fin de consolar á todos los que sufren y lloran (Mat. XI, 28); abraza con más tierna caridad á los oprimidos.

Estas doctrinas están encaminadas, sin duda alguna, para humillar el alma altanera del rico y hacerle más condescendiente, para levantar el valor de aquellos que sufren é inspirarles resignación. Con ellas se disminuiría un abismo, caro para el orgullo, y se obtendría sin trabajo que las dos partes se dieran la mano y que las dos voluntades se uniesen en una misma amistad.

Pero es muy poco la simple amistad: si se obedece á los preceptos del Cristianismo, la unión se alcanza en el amor paternal. De una y otra parte se sabrá y se comprenderá que los hombres todos proceden absolutamente de Dios, su Padre común; que Dios es su único y común fin, y que El solo es capaz de comunicar á los ángeles y á los hombres una felicidad perfecta y absoluta; que todos han sido igualmente rescatados por Jesucristo y restablecidos por El en su dignidad de hijos de Dios, y que así les une un verdadero lazo de fraternidad, ya entre ellos, ya con Jesucristo su Señor, que es el primogénito de muchos hermanos, *primogenitus in multis fratribus.* Sabrán, en fin, que todos los bienes de la naturaleza, todos los tesoros de la gracia pertenecen en común é indistintamente á todo el género humano, y que no hay más que los indignos que son desheredados de los bienes celestes. Si sois hijos, sois también herederos de Dios. *et heredes quidem Dei coheredes autem Christi.* (Rom. VIII, 17.)

Tal es la economía de los derechos y los deberes que enseña la filosofía cristiana. ¿No se vería la paz en breve plazo, si esas enseñanzas pudieran prevalecer en las sociedades?

Entre tanto no se contenta la Iglesia con indicar el camino que lleva á la salud, sino que conduce y aplica con su propia mano el remedio al mal. Dedícase toda entera á ins-

truir y á educar á los hombres según los principios de su doctrina, cuyas aguas vivificantes tiene cuidado de esparcir todo lo que le es posible, por el ministerio de los obispos, y de los clérigos.

De este modo se hace más fácil el que se dejen regir y gobernar por la disciplina de los preceptos divinos. Este punto es capital y de la mayor importancia, porque encierra en sí como el resumen de todos los intereses sobre que se cuestiona, en lo cual la acción de la Iglesia es soberana. Los instrumentos de que dispone para conmovir las almas, á éste fin los ha recibido de Jesucristo, y llevan en sí mismos la eficacia de la virtud divina, son los únicos á propósito para penetrar hasta en lo más profundo del corazón, y capaces de conducir al hombre á obedecer las insinuaciones del deber, á dominar sus pasiones, á amar á Dios y su prójimo con caridad sin medida y romper valerosamente todos los obstáculos que impiden la marcha por el camino de la virtud.

Basta ahora pasar una ligera revista, con el pensamiento, á los ejemplos de la antigüedad. Las cosas y los hechos que vamos á recordar están fuera de toda discusión. No cabe duda que la sociedad civil de los hombres ha sido profundamente renovada por las instituciones cristianas; que el efecto de esta renovación ha sido levantar el nivel del género humano, ó, por mejor decir, sacarle de la muerte á la vida y elevarlo á tan alto grado de perfección, que ni antes ni después se ha visto semejante, y que nunca se verá en el curso de los siglos. Que, en fin, de estos beneficios ha sido Jesucristo el principio, y debe ser el fin; porque así como todo ha nacido de El, todo á El debe encaminarse. Cuando el Evangelio alumbró al mundo con los rayos de su luz y conocieron los pueblos el gran misterio de la encarnación del Verbo y la redención del hombre, la vida de Jesucristo, Dios y hombre, invadió las sociedades y las impregnó totalmente de su fe, de sus máximas y sus leyes.

Por lo cual, si debe sanar la sociedad humana, no sanará más que por la vuelta á las instituciones del Cristianismo. Al que pretende regenerar una sociedad cualquiera en decadencia se le prescribe, con razón, que la vuelva á llevar á sus orígenes. Porque la perfección de toda sociedad es perseguir y alcanzar el fin para que fué fundada; de modo que todos los actos de la vida social nacen del mismo principio de donde nació la sociedad. Por tanto, desviarse del fin es ir á la muerte, y volver atrás es recobrar la vida. Y esto que Nos decimos del cuerpo social en totalidad, se aplica igualmente á esa clase de ciudadanos que viven de su trabajo y son gran mayoría.

Y no se crea que la Iglesia se deja absorber tan completamente por el cuidado de las almas, que descuide lo que se refiere á la vida terrestre y moral. Por lo que se refiere en particular á la clase de los trabajadores, hace los mayores esfuerzos para arrancarlos á la miseria y procurarles mejor suerte. Y ciertamente no es débil ayuda la que ella lleva á ese fin, pues que trabaja de palabra y obra en conducir los hombres hacia la virtud. Cuando son respetadas las costumbres cristianas, ejercen éstas, naturalmente, bienhechora influencia en la prosperidad temporal, pues que atraen el favor de Dios, fuente y principio de todo bien; comprimen el deseo excesivo de las riquezas y la sed de los placeres, dos azotes que con mucha frecuencia vierten la amargura y el disgusto en el seno mismo de la opulencia (*Ratix omnium malorum et cupiditas.* I. Tim. V, 10); hacen, en fin, que se acepte una vida y un sustento frugal, y se supla, por medio de la economía, la modicidad de los recursos, lejos de los vicios que consumen, no sólo las pequeñas, sino las más considerables fortunas, y disipan los más pingües patrimonios. La Iglesia, además, provee también directamente al bienestar de las clases desheredadas, fundando y sosteniendo las instituciones que cree propias para aliviar su miseria; y en este género de beneficencia de tal manera sobresa, que hasta sus propios enemigos no han podido menos de elogiarla.

Así, en los primeros cristianos era tal la virtud de caridad mutua, que no era raro ver á los más ricos despojarse de su patrimonio en favor de los pobres. He aquí por qué la indigencia no era conocida entre ellos (Act. IV, 34. *Neque... qui-quam egens erat inter illos*); los Apóstoles habían confiado á los diáconos—cuyo orden se instituyó especialmente á este fin—la distribución cotidiana de las limosnas; y el mismo San Pablo, aunque embebido en una solicitud que abarcaba todas las iglesias, no titubeó en emprender penosos viajes para ir en persona á llevar socorros á los cristianos indigentes. Socorros de igual género ofrecían espontáneamente los fieles en sus asambleas, que es lo que Tertuliano llama los *depósitos de la piedad*, porque se los empleaba en *mantener é inhumar las personas indigentes, los huérfanos pobres de ambos sexos, los sirvientes ancianos y las víctimas del naufragio.* (Apol. II, XXXIX.) He aquí como poco á poco se formó ese patrimonio que la Iglesia ha guardado siempre con religioso cuidado, como bienes propios de la familia de los pobres, llegando hasta asegurar socorros á los desgraciados, evitándoles la humillación de tender la mano. Porque esta Madre común de los ricos y de los pobres, aprovechando los maravillosos fervores que la caridad había provocado en todas partes, fundó sociedades religiosas y muchedumbre de otras instituciones útiles que no debían dejar sin alivio casi ninguna miseria.

Hay indudablemente en la actualidad cierto número de hombres que, ecos fieles de los antiguos paganos, llegan hasta convertir tan maravillosa caridad en arma para atacar á la Iglesia; y se ha visto una beneficencia establecida por las leyes civiles sustituir á la caridad cristiana. Pero á esta caridad que se consagra toda entera, y sin segundas miras, al provecho del prójimo, no puede suplirla por ninguna industria humana. Sólo la Iglesia posee esa virtud, porque la saca del Sagrado Corazón de Jesucristo, y no hace más que errar lejos de Jesucristo quien se aleja de su Iglesia.

Sin embargo, no es dudoso que, para obtener el resultado apetecido, no debe recurrirse á medios humanos. Por tanto, todos aquellos á quienes incumbe la cuestión deben trabajar acordes, cada uno en su esfera, pero todos con la vista fija en un mismo fin. Hay en esto como una imagen de la Providencia gobernando el mundo; pues ordinariamente vemos que los hechos y los acontecimientos que dependen de causas diversas son el resultado de la acción común de esas causas. Ahora bien: ¿qué parte de acción y de remedio tenemos derecho á esperar del Estado? Digamos ante todo que por el Estado entendemos en este caso, no tal Gobierno establecido en tal pueblo en particular, sino todo Gobierno que se inspira en los preceptos de la razón natural y en las enseñanzas divinas, que Nos hemos expuesto, especialmente en Nuestras Cartas Encíclicas acerca de la constitución cristiana de las sociedades.

Lo que se pide á los Gobiernos es un concurso de orden

general que consiste en la economía entera de las leyes é instituciones; Nos queremos decir que deben hacer de manera que, de la organización misma y del Gobierno de la sociedad, resulte espontáneamente y sin esfuerzo la prosperidad, así pública como privada.

Tal es, en efecto, el oficio de la prudencia civil, y el deber propio de todos los que gobiernan. Porque lo que hace próspera á una nación son las costumbres puras, familias fundadas sobre bases de orden y moralidad, la práctica de la religión, el respeto á la justicia; una imposición moderada y un repartimiento equitativo de las cargas públicas, el progreso de la industria y del comercio, una agricultura floreciente y otros elementos, si los hay, del mismo género, todos los cuales al perfeccionarse otro tanto contribuyen á la vida y la felicidad de los ciudadanos.

Al mismo tiempo, por todos esos medios, puede el Estado hacerse útil á las demás clases, al paso que mejorar la suerte de las trabajadoras, y todo esto dentro del vigor de su derecho, y sin temor á que le reprochen su ingerencia; pues en virtud de su mismo oficio debe el Estado servir á los intereses comunes. Es evidente que, cuanto más se multipliquen las ventajas resultantes de esta acción de orden general, menos necesidad habrá de recurrir á otros expedientes para remediar la condición de los trabajadores.

Más he aquí otra consideración que atañe aún más profundamente á nuestro asunto. La razón formal de toda sociedad es una, y común á todos sus miembros, grandes y pequeños. Los pobres, con igual título que los ricos, son, en cuanto al derecho natural, ciudadanos; es decir, del número de las partes vivientes de que se compone, por el intermedio de las familias, el cuerpo entero de la nación, por no decir que en todas las ciudades son ellos mayoría.

Como sería irracional atender á una clase de ciudadanos y descuidar á la otra, resulta de toda evidencia que la autoridad pública debe tomar también sus medidas protectoras de la salud y los intereses de la clase obrera; y si no lo hace así, viola la estricta justicia, que quiere se dé á cada uno lo que es debido. A este propósito dice sapientísimamente Santo Tomás: «Así como la parte y el todo son, en cierto modo, una cosa misma, así también lo que pertenece al todo es en cierta manera de cada parte.» (*Sicut pars et totum quoddammodo sunt idem ita id quod est totius quoddammodo est partis*. II. II. Quæst. LXI, a. I ad 2.) Por lo cual, entre las graves y numerosas obligaciones de los gobernantes que quieren atender como conviene al bien público, descuellan el de cuidar igualmente de todas las clases de ciudadanos, observando con rigurosas leyes de la justicia llamada distributiva.

Pero aunque todos los ciudadanos, sin excepción, deben aportar su parte á la masa de los bienes comunes, los cuales, á su vez, se reparten de nuevo entre los individuos, no es posible, sin embargo, que los aportes que respectivamente se hagan sean los mismos ni de igual medida.

Cualesquiera que sean las vicisitudes por las cuales son llamadas á pasar las formas de gobierno, existirá siempre entre los ciudadanos esa desigualdad de condiciones, sin las cuales no puede existir ni se concibe una sociedad. Cueste lo que cueste, se necesitan hombres que gobiernen, que hagan leyes, que administren justicia y que, ya por medio de consejos ó obrando como autoridades, dirijan los negocios de la paz y las cosas de la guerra.

Que estos tales deben tener preeminencia en toda sociedad, y ocupar las primeras filas, nadie puede dudar, pues que trabajan directamente para el bien común, y de tan excelente manera. Por el contrario, los hombres que se dedican á las obras de la industria no pueden concurrir á ese bien común, ni en la misma medida, ni por las propias vías; pero también ellos, aunque de manera menos directa, sirven grandemente á los intereses de la sociedad.

Es innegable que el bien común, cuyo efecto debe ser el perfeccionamiento de los hombres, es principalmente un bien moral. Pero en una sociedad regularmente continuada es necesario que haya también cierta abundancia de bienes exteriores, cuyo uso se requiere para el ejercicio de la virtud. (*S. Thom. De reg. Princ. I, c. XV*)

Y todos esos bienes son el trabajo del obrero: trabajo de los campos ó de los ingenios, que es sobre todo su fuente fecunda y necesaria. Mas, aun en este orden de cosas, tiene el trabajo tal fecundidad, y tal eficacia, que puede asegurarse, sin temor á incurrir en equivocación, que es la fuente única de que procede la riqueza de las naciones. La equidad pide, pues, que el Estado se preocupe de los trabajadores y haga de manera que, de todos los bienes que procuran á la sociedad, reciban una parte congruente, como la habitación y el vestido, y que puedan vivir con las menores penas y privaciones que sea posible. De esto se sigue que el Estado debe favorecer todo lo que, de cerca ó de lejos, parece propio para mejorar su suerte. Esta solicitud, lejos de perjudicar á nadie, se convertirá, por el contrario, en provecho de todos, pues importa soberanamente á la nación que, hombres que son para ella el principio de bienes tan indispensables, no se encuentren continuamente en lucha con los horrores de la miseria.

No está en el orden, hemos dicho, que el individuo ni la familia sean absorbidos por el Estado, y es justo que el uno y la otra gocen la facultad de obrar con libertad, mientras no atenten al bien general y no injurien á nadie. Sin embargo, pertenece á los gobernantes la protección de la comunidad, y de sus partes: de la comunidad, porque la naturaleza ha confiado su conservación al poder soberano, de tal manera que el *salus populi*, no sólo es aquí la ley suprema, sino la causa misma de la razón de ser del principado; de las partes, porque, según el derecho natural, el Gobierno no debe atender al interés de los que tienen en sus manos el poder, sino al bien de los que le están sometidos. Esto enseña la filosofía, no menos que la te cristiana.

Por otra parte, toda autoridad viene de Dios y es una participación de su autoridad suprema; y, por consiguiente, los que son depositarios de ella deben ejercerla á ejemplo de Dios; cuya paternal solicitud no se extiende menos á cada una de las criaturas en particular que á todo su conjunto. Por tanto, ya sean los intereses generales, ya el interés de una clase en particular, los que se hallen lesionados ó simplemente amenazados, y sea imposible remediar el mal ó obviar de cualquier manera, será preciso de toda necesidad recurrir á la autoridad pública. Porque es de la mayor importancia para la salud común y privada que el orden y la paz reinen por do quiera; que toda la economía de la vida doméstica se ajuste á los mandamientos de Dios y á los principios de la ley natural; que se honre y se observe la religión; que se vean florecer las costumbres privadas y públicas; que se guarde religiosamente la justicia y que en nin-

gún caso pueda una clase oprimir impunemente á otra; que crezcan robustas generaciones, capaces de ser el sostén y, si es necesario, la muralla de la patria. Por lo cual, si llega el caso de que los obreros, abandonando el trabajo, ó suspendiéndolo en huelga, amenazan la tranquilidad pública; si acontece que los lazos naturales de la familia se relajen entre los trabajadores; que se pisotee la religión de los obreros y no se les facilite el cumplimiento de sus deberes para con Dios; que la promiscuidad de sexos ó otras excitaciones al vicio constituyan en las fábricas y talleres un peligro para la moral; que los patronos aplasten á los trabajadores con el peso de cargas inicuas, ó deshonren en ellos la persona humana con condiciones indignas ó degradantes; que atenten á su salud con un trabajo excesivo y desproporcionado con la edad ó el sexo; en todos estos casos es absolutamente preciso aplicar, con ciertos límites, la fuerza y la autoridad de las leyes. Esos límites los determinará el fin mismo que hace necesarios los auxilios de la ley; es decir, que este auxilio no deberá avanzar ni emprender cosa alguna más allá de lo necesario para reprimir el abuso y evitar peligros.

Los derechos deben ser respetados escrupulosamente en quien los tenga, y el poder público debe asegurar á cada uno el suyo, impidiendo ó castigando las violaciones. Hay que añadir, sin embargo, que al ejercer la tutela de los derechos privados debe tenerse singularmente en cuenta á los débiles y á los pobres. En realidad los ricos, fuertes por sí mismos, necesitan menos de la defensa pública; la miseria plebe, falta de sostén propio, tiene especialmente necesidad de encontrarlo en el patrocinio del Estado. Por todo esto, á los obreros, que son del número de los débiles y de los necesitados, debe consagrar con preferencia el Estado sus cuidados y su providencia.

Pero ha de descenderse expresamente á tratar algunas particularidades de la mayor importancia. Principalísimo es que los Gobiernos aseguren la propiedad privada por medio de sabias leyes. Hoy especialmente, en medio de tanto ardor de desenfrenadas codicias, es necesario que se tenga á las masas encerradas en el círculo de sus deberes, pues si la justicia consiente que se procure mejorar su suerte, ni la justicia ni el bien público consienten que se perjudique á otros en lo suyo con el pretexto de exigencias de determinada igualdad. Ciertamente, la mayor parte de los obreros quisiera mejorar de condición honradamente, sin hacer daño ni perjuicio á nadie; pero hay otros, no pocos, que, saturados de máximas falsas y extraviados por el deseo de novedades, tratan de promover á toda costa tumultos y de arrastrar á sus compañeros á la violencia. Intervenga en este caso la autoridad del Estado, y, entrenados los agitadores, preserve á los buenos obreros del peligro de la seducción y libre á los legítimos poseedores del peligro del despojo.

El trabajo demasiado largo y pesado, y lo escaso y mal pagado del jornal, son causa de que los obreros se entreguen á huelgas voluntarias. El Estado debe evitar por todos los medios posibles que estos males se produzcan, pues estas huelgas no perjudican sólo á los patronos y á los obreros mismos, sino también al comercio y á los intereses comunes, y, por la violencia y los tumultos á que de ordinario sirven de ocasión, ponen en especial peligro la pública tranquilidad. Por todo lo expuesto, se ve claro que el remedio más eficaz y saludable es prevenir el mal con la autoridad de las leyes é impedir su desarrollo, removiendo á tiempo las causas de que se prevé que pueda nacer el conflicto entre los obreros y los patronos.

Muchas cosas debe proteger decididamente en el obrero el Estado, y en primer término los bienes del alma. En verdad, la vida mortal, aunque buena y deseable, no es el fin para que hemos sido creados, sino el camino y el instrumento para perfeccionar con el conocimiento de lo verdadero y con la práctica del bien la vida del espíritu. El alma es la que tiene esculpida en sí misma la imagen y la semejanza divina en virtud de la cual fué dado al hombre el dominio de las criaturas inferiores, y el derecho de hacer servir para su utilidad la tierra y los mares. *Replete terram et subijcite eam: et dominamini visceribus maris et volatilibus celi et universis animantibus, quæ moventur super terram*. (Génesis, cap. 1.º, v. 28.) En esto todos los hombres son iguales; no existe diferencia alguna entre ricos y pobres, amos y criados, monarcas y súbditos: *nam idem Dominus Omnium*. (Rom, X, 12.) A nadie es lícito violar impunemente la dignidad del hombre, del cual Dios mismo dispone *cum magna reverentia*, ni ponerle obstáculos en el camino de su perfeccionamiento que conduce á la consecución de la vida eterna. Si se tratara de un negocio de libre elección, el hombre podría renunciar á ser tratado según su naturaleza, y aceptar la esclavitud del espíritu; pero no se trata de derechos cuyo ejercicio sea libre, sino de deberes hacia Dios absolutamente inviolables.

De todo esto se sigue la necesidad del descanso en los días festivos. Con este nombre no se indica ya un estado de ocio más largo, y mucho menos una total inacción, como muchos la desean, fuente de vicios y de derrochar el dinero, sino un descanso consagrado á la religión. Unido á la religión el descanso, aparta al hombre de los trabajos y de las fatigas de la vida ordinaria para traerlo á los pensamientos de los bienes celestiales y al culto debido á la majestad divina. Esta es principalmente la naturaleza, este es el fin del descanso en los días de fiesta, que Dios de un modo especial prescribió al hombre en el Antiguo Testamento, diciéndole: «Acordaos de santificar el día del Señor» (Exod. XX, 8) y enseñó lo mismo con su conducta, pues el séptimo día de la Creación, creado el hombre, descansó; descansó en el día séptimo de todas las obras que había hecho. (Gén. II, 2.)

Cuanto á la tutela de los bienes corporales y exteriores, antes de todo se debe sustraer al pobre obrero á la inhumanidad de codiciosos especuladores que por sistema abusan sin consideración alguna de las personas y de las cosas. No es lícito, no es justo ni humano exigir del hombre tanto trabajo, que por exceso de fatiga se embrutezca y enflaquezca su cuerpo. Como su naturaleza, así la actividad del hombre es limitada. El ejercicio y el uso la perfeccionan, á condición de que de cuando en cuando se le dé descanso. No de beprolongarse más el trabajo de lo que las fuerzas consienten. El determinar la cantidad del descanso depende de la cualidad del trabajo, de las circunstancias de lugar y tiempo, de la misma complejidad y robustez del obrero. La labor debajo de tierra, por ejemplo, en hierro, en otras materias duras, siendo más grave y más nociva á la salud, debe ser más corta. Se deben tener en cuenta también las estaciones, pues un trabajo fácilmente soportable en una estación es en otra insoportable, ó al menos sólo con gran dificultad se soporta. Finalmente, un trabajo bien proporcionado para un hombre

adulto y robusto, no puede imponerse racionalmente á mujeres y niños.

La infancia en particular—y esto debe ser observado estrictamente—no debe entrar en las fábricas hasta que la edad haya desarrollado en ella suficientemente las fuerzas físicas, intelectuales y morales; si no, cual hierba todavía tierna, se marchitará con el trabajo precoz, y perderá su educación. Asimismo hay trabajos menos apropiados para la mujer á quien la naturaleza destina más bien á los trabajos domésticos; trabajos que, por otra parte, ponen á salvo admirablemente el honor de su sexo, y responden mejor por su naturaleza á lo que piden la buena educación de los hijos y la prosperidad de la familia.

En general, la duración del descanso debe medirse por la pérdida de fuerzas que debe restaurar aquél.

El derecho al descanso de cada día, como la cesación del trabajo el día del Señor, debe ser la condición, expresa ó tácita, de todo contrato hecho entre patronos y obreros. Donde no entre esta condición, el contrato no será bueno, porque nadie puede exigir ó prometer la violación de los deberes del hombre para con Dios y para consigo mismo.

Pasemos ahora á otro punto de la cuestión, de una importancia no menos grande, que para evitar todo extremo pide ser definido con toda exactitud: queremos hablar de la fijación del salario. Una vez consentido el salario de una y otra parte, y pagado que éste sea por el patrón, éste habrá cumplido todos sus compromisos y no quedará obligado á otra cosa. Sólo se lesionaría la justicia si aquél rehusara pagar ó el obrero no quisiera terminar su trabajo cumpliendo sus compromisos, en cuyo caso, con exclusión de otro cualquiera, el poder público tendría que intervenir para proteger el derecho de cada uno. Semejante razonamiento no hallará juez equitativo que consienta adherirse sin reservas, porque no abraza todos los puntos de la cuestión, y omite uno muy serio. Trabajar es ejercer su actividad con el fin de procurarse lo que se requiere para las diversas necesidades de la vida, pero sobre todo para la conservación de la vida misma. «Comerás el pan con el sudor de tu rostro». (*In sudore vultus tui vesceris panem*).

Por esto el trabajo ha recibido de la naturaleza como un doble sello: es *personal*, porque la fuerza activa es inherente á la persona y aquélla es la propiedad del que la ejerce y la ha recibido para su utilidad: es *necesario*, porque el hombre tiene necesidad del fruto de su trabajo para conservar su existencia y debe conservarla para obedecer las órdenes irrefragables de la naturaleza. Ahora bien; si no se considera el trabajo más que del lado en que es personal, nadie dudará que el obrero puede restringir á su voluntad la tasa del salario. La misma voluntad que da el trabajo puede contentarse con una pequeña remuneración ó no exigir ninguna. Pero sucede otra cosa muy distinta si al carácter de *personalidad* se junta el de *necesidad*, de que el pensamiento puede prescindir, pero que no es separable en realidad.

En efecto, conservar la existencia es un deber impuesto á todos los hombres, al cual no pueden sustraerse sin cometer un crimen. De este deber se deduce necesariamente el derecho de procurarse las cosas necesarias para la subsistencia, y que el pobre no se procura sino mediante el salario de su trabajo. Aunque el patrón y el obrero hagan tantos y tales convenios como les plazca, y se pongan de acuerdo, principalmente sobre el tanto del salario, hay una ley de justicia natural por encima de sus voluntades, más elevada y más antigua, á saber: que el salario no debe ser insuficiente para que subsista el obrero sobrio y honrado. Si, obligado éste por la necesidad ó movido por el temor de un mal mayor, acepta condiciones duras, que por otra parte no le sería fácil rehusar, porque le son impuestas por el patrono ó por quien hace la oferta del trabajo, esto sería sufrir una violencia contra la cual protesta la justicia.

Pero por temor de que en estos casos y otros análogos, como en lo que concierne á la duración del trabajo y á la salud de los obreros, los poderes públicos intervengan importunamente, y vista, sobre todo, la variedad de las circunstancias, de los tiempos y de los lugares, será preferible que la solución de esto se reserve á las corporaciones ó sindicatos de que Nos hablaremos más adelante, ó que se recurra á otro medio para poner á salvo los intereses de los obreros, y hasta, si la causa lo reclamara, con el concurso y apoyo del Estado.

El obrero que perciba un salario bastante elevado para subvenir á sus necesidades y las de su familia, seguirá, si es prudente, el consejo que parece darle la naturaleza misma; se aplicará á ser económico y hará de suerte que con los prudentes ahorros se pueda procurar algo supérfluo que le permita llegar un día á la adquisición de un modesto patrimonio. Nos hemos visto, en efecto, que la cuestión presente no podía tener solución verdaderamente eficaz si no se comenzaba por sentar, como principio fundamental, la inviolabilidad de la propiedad privada. Importa, pues, que las leyes favorezcan el espíritu de propiedad, le despierten y le desarrollen en lo posible, en las masas populares. Una vez obtenido este resultado, sería la fuente de las más preciadas ventajas, y, desde luego, de una repartición de bienes ciertamente más equitativa. La violencia de las revoluciones políticas ha dividido el cuerpo social en dos clases, y ha abierto entre ellas un abismo inmenso.

De una parte, la omnipotencia en la opulencia; facción que, dueña absoluta de la industria y del comercio, ha cambiado el curso de las riquezas y hace afuir hacia ella todos los recursos; facción, por otro lado, que tiene en su mano más de un resorte de la administración pública. De otra parte, la debilidad en la indigencia; multitud que, con el alma ulcerada, está siempre dispuesta al desorden. Pues bien, estimúlase la industriosa actividad del pueblo con la perspectiva de una participación en la propiedad del suelo, y se verá llenarse poco á poco el abismo que separa la opulencia de la miseria y operarse la aproximación de las dos clases. Además, la tierra dará toda suerte de productos en mayor abundancia, porque el hombre es tal, que el pensamiento de trabajar en propiedad que le pertenece redobla su ardor y su aplicación.

Llega hasta poner todo su corazón en una tierra que ha cultivado él mismo, que le promete á él y á los suyos, no sólo lo estrictamente necesario, sino hasta cierta comodidad. Y nadie hay que no vea los preciosos efectos de este aumento de actividad en la fecundidad de la tierra y en la riqueza de las naciones.

Una tercera ventaja será la paralización en el movimiento de emigración; nadie, en efecto, consentiría en cambiar por una región extraña su patria y su tierra natal, si en ella encontrase los medios de llevar una vida tolerable. Pero una condición indispensable para que todas estas ventajas sean

realizadas es que la propiedad privada no se vea aniquilada por un exceso de impuestos y de cargas.

El derecho de la propiedad individual no emana de las leyes humanas, sino de la naturaleza; la autoridad pública no puede abolirle; lo que ella puede es moderar su uso y considerarle con arreglo al bien común. Por esto obra contra la justicia y contra la humanidad cuando, bajo el nombre de impuestos, grava con exceso los bienes de los particulares.

En último término, Nos diremos que los patronos y los mismos obreros pueden contribuir de un modo singular á la solución con todas las obras propias para remediar eficazmente la indigencia y verificar una aproximación entre ambas clases. A ese orden pertenecen las asociaciones de socorros mutuos; las diversas instituciones creadas por la iniciativa privada que tengan por fin socorrer á los obreros, así como á sus viudas y á sus huérfanos en caso de muerte, de accidentes y de enfermedades; los patronatos que ejercen una acción benéfica sobre los niños de ambos sexos, sobre los adolescentes y los adultos. Pero el primer lugar corresponde á las corporaciones obreras que abrazan en sí casi todas estas nobles empresas.

Nuestros antepasados experimentaron durante largo tiempo la benéfica influencia de esas corporaciones. Pues mientras los artesanos hallaban inapreciables ventajas, las artes, como lo proclaman multitud de monumentos, se perfeccionaban, tomando nueva vida y nuevos lustres. Hoy, siendo las generaciones más cultas, siendo las costumbres más delicadas, siendo las necesidades de la vida cotidiana más numerosas, no cabe duda de que las corporaciones han de adaptarse á estas nuevas condiciones. Con placer Nos vemos formarse en todas partes sociedades de esta índole, ya compuestas únicamente de obreros, ya mixtas de obreros y patronos, y es de desear que dichas sociedades aumenten su acción. Aunque ya nos hayamos ocupado más de una vez en ellas, Nos queremos aquí exponer su oportunidad y su derecho á la existencia é indicar cómo deben organizarse y cuál debe ser su programa de acción.

La experiencia cotidiana que hace el hombre de la exigüidad de sus fuerzas le compromete y le arrastra á unir á sus esfuerzos una cooperación extraña. En los libros santos se lee esta máxima: «Vale más ser dos que uno, pues en este caso ellos sacan la ventaja de su sociedad. Si uno cae, el otro le sostiene. Desgraciado el hombre que está solo, pues si se cae no habrá nadie que le levante.» (Ecl. IV, 9, 10). También se lee esta otra máxima: «El hermano que se ve ayudado por otro hermano suyo es como una plaza fuerte.» (Prov. XVIII, 19). De esta propensión natural, como de un mismo germen, nace la sociedad civil en primer lugar: después, en el seno mismo de ésta, otras sociedades, que, no por ser sociedades restringidas é imperfectas, dejan de ser sociedades verdaderas. Entre estas pequeñas sociedades y la sociedad en general hay profundas diferencias, que resultan de su fin próximo. El fin de la sociedad civil abraza universalmente á todos los ciudadanos, pues ella reside en el bien común; es decir, en un bien del cual todos y cada uno tienen el derecho de participar en una medida proporcional. Por esto se la llama *pública*, pues *reune á los hombres para formar una nación*. *Private autem societas est quæ ab aliquot negotium privatum exercent ut simut negotientur.* (S. Thom. contra impugnantes Dei cultum et religionem ex II). Por el contrario, las sociedades que se constituyen en su seno son consideradas como *privadas*, y lo son, en efecto, pues su razón de ser inmediata es la utilidad particular y exclusiva de sus miembros.

La sociedad privada es la que se forma con un fin privado, como cuando dos ó tres se asocian para ejercer en conjunto un negocio. Luego, de que las sociedades privadas no tengan existencia más que en el seno de la sociedad civil, de la cual son como otras tantas partes, no se sigue, hablando en general y considerando su naturaleza, que corresponda al poder del Estado el negarles la existencia. El derecho á la existencia les ha sido otorgado por la naturaleza misma, y la sociedad civil ha sido instituida para proteger el derecho natural, no para anularlo. Por esto, una sociedad civil que impidiese las sociedades privadas se atacaría á sí misma, pues que todas las sociedades públicas y privadas sacan su origen de un mismo principio, la naturaleza social del hombre. Seguramente hay coyunturas que autorizan á las leyes á oponerse á la fundación de una sociedad de ese género.

Si una sociedad, en virtud misma de sus estatutos orgánicos, persiguiese un fin en oposición flagrante con la probidad, con la justicia, con la seguridad del Estado, los poderes públicos tendrían el derecho de impedir su formación, y, si estuviere formada, de disolverla. Pero, aun en este caso, es preciso que obren con grandísima circunspección para evitar la violación de los derechos de los ciudadanos, y el que se establezca con pretexto de utilidad pública algo condenado por la razón. Pues una ley no merece obediencia más que en tanto es conforme á la recta razón y á la ley eterna de Dios.

Aquí se presentan á nuestro espíritu las Cofradías, las Congregaciones y las Ordenes religiosas de todo género, á las cuales han dado nacimiento la autoridad de la Iglesia y la piedad de los fieles. La historia muestra suficientemente sus frutos de salvación para el género humano hasta nuestros días. Consideradas simplemente desde el punto de vista de la razón, esas sociedades aparecen como fundadas con un fin honesto y consiguientemente bajo los auspicios del derecho natural, y, por el lado donde tocan á la religión, no proceden sino de la Iglesia.

Los poderes públicos no pueden, pues, legítimamente arrogarse sobre ellas ningún derecho ni atribuirse su administración. Su misión es más bien la de respetarlas, protegerlas, y, si hubiera necesidad de ello, defenderlas.

Todo lo contrario es lo que Nos hemos estado condenado á ver, en estos últimos tiempos principalmente. En muchos países, el Estado ha puesto la mano sobre esas sociedades y ha acumulado, con relación á ellas, injusticia sobre injusticia: subordinación á las leyes civiles, privación del derecho legítimo de persona moral y expoliación de bienes. Sobre estos bienes, la Iglesia tenía por tanto sus derechos; cada uno de los miembros tenía los suyos; los donadores, que les habían fijado un destino; aquellos, en fin, que prestaban recursos y consuelo, tenían los suyos. Nos no podemos menos de deplorar amargamente expoliaciones tan inicuas y funestas, tanto más, cuanto que se arroja á la proscripción á las asociaciones católicas al mismo tiempo que se afirma la legalidad de sociedades privadas, y que, lo que se rehusa á hombres pacíficos que no tienen más mira que la utilidad pública, se otorga, y ciertamente con mucha amplitud, á

hombres que meditan en su espíritu designios funestos á la vez para la Religión y para el Estado.

Ciertamente, jamás, en ninguna otra época se vió tanta multitud de asociaciones de todo género, y en particular de obreros. De dónde vienen muchas de ellas, á dónde van y por qué camino, no es de este lugar averiguarlo. Pero existe la opinión, confirmada por numerosos indicios, de que ordinariamente están gobernadas por jefes ocultos, que obedecen á una consigna igualmente hostil al nombre cristiano y á la seguridad de las naciones; que, después de haber empujado todas las empresas, si se encuentran obreros que se nieguen á ingresar en su seno, les hacen expiar su negativa con la miseria. En este estado de cosas, los obreros cristianos tienen que elegir entre dos partidos: ó entregar su nombre á las sociedades de quienes la Religión tiene que temerle todo, ó organizarse ellos también y agrupar sus fuerzas para sacudir animosamente un yugo tan injusto como intolerable. ¿Habrá hombres que deseen de corazón arrancar el soberano bien de la humanidad á un peligro inminente y que pongan en duda que debe optarse por el segundo de dichos partidos?

Verdaderamente hay que alabar en alta voz el celo de gran número de los maestros que, dándose cuenta exacta de las necesidades del momento, tantean cuidadosamente el terreno para descubrir un sendero honesto que conduzca al realzamiento de la clase obrera. Habiéndose constituido en protectores de las personas dedicadas al trabajo, estudian la manera de aumentar su prosperidad, tanto doméstica como individual; á arreglar con equidad las relaciones recíprocas de los patronos y obreros; á sostener y vigorizar en unos y otros el recuerdo de sus deberes y la observancia de los preceptos divinos; preceptos que, llevando los hombres á la moderación y condenando todos los excesos, mantienen en las naciones, y entre circunstancias tan diversas de personas y de cosas, la concordia y la armonía más perfectas.

Inspirados en los mismos pensamientos, hombres de gran mérito se reunen frecuentemente en Congresos para comunicarse sus ideas, juntar sus fuerzas y formar programas de acción. Otros se ocupan en fundar corporaciones adecuadas á diversos oficios y en hacer entrar en ellas á los artesanos; auxilian á éstos con sus consejos y con su caudal, y proveen á que no carezcan jamás de trabajo honrado y fructífero.

Los obispos, por su parte, alientan estos esfuerzos y les dispensan su alto patronazgo, y, apoyados en su autoridad y bajo sus auspicios, miembros del clero, así regular como secular, se dedican en gran número á los intereses espirituales de las corporaciones. En fin, no faltan católicos que, provistos de abundantes riquezas, convertidos, en cierto modo, en compañeros voluntarios de los trabajadores, no reparan en ningún sacrificio para fundar y extender sociedades donde los obreros puedan encontrar, con cierta holgura en lo presente, la prenda de un descanso honrado en lo porvenir. Tanto celo, tantos y tan industriosos esfuerzos han realizado ya en los pueblos un bien muy considerable y demasiado conocido para que sea necesario hablar de ello con pormenores. En esto vemos Nos un dichoso augurio para lo porvenir, y Nos prometemos de estas corporaciones los más óptimos frutos, con tal de que continúen desarrollándose y que presida siempre la prudencia á su organización. Que el Estado proteja estas sociedades, fundadas según derecho; que no se entrometa en su gobierno interior y no toque á los resortes íntimos que les dan la vida, pues el movimiento vital procede esencialmente de un principio interior y perece muy fácilmente bajo la acción de una causa externa.

Estas corporaciones necesitan evidentemente que haya unidad de acción y concordia de voluntades, organización y disciplina bien entendida y prudente. Pues que los ciudadanos son libres de asociarse, como es muy cierto, deben serlo también para darse los estatutos y reglamentos que les parezcan más conducentes al objeto que se proponen. ¿Cuáles deben ser estos estatutos y reglamentos? No creemos Nos que se pueda dar reglas ciertas y precisas para fijar los pormenores; todo depende del carácter de cada nación, de los ensayos intentados y de la experiencia adquirida, del género de trabajo, de la extensión del comercio y de otras circunstancias de cosas y de tiempo que hay que considerar con madurez. Todo lo que puede decirse en general es que se tome por regla universal y constante organizar y gobernar las corporaciones de tal manera, que dé cada uno de sus miembros medios á propósito para que puedan llegar, por la vía más cómoda y más corta, al fin propuesto, que consiste en el progreso mayor posible de los bienes del cuerpo, del entendimiento y de la fortuna.

Pero es indudable que hay que atender ante todo al objeto principal, cual es la perfección moral y religiosa, fin que debe regular toda la economía de la sociedad, pues de otra suerte degenerarían muy pronto y caerían, ó poco menos, en la clase de las sociedades donde no tiene cabida la Religión. ¿Y de qué serviría al artesano haber encontrado en el seno de la corporación la abundancia material, si la carencia de los alimentos espirituales ponía en peligro la salvación de su alma? *¿De qué sirve al hombre ganar el universo entero, si pierde su alma? (Quid prodest homini, si mundum universum lucratur, animæ verò suæ detrimentum patitur? (Mateo XXI, 33, 34).*

He aquí la señal en que quiere Nuestro Señor Jesucristo que se distinga el cristiano del gentil. «Los gentiles se afanan por estas cosas... Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas os serán añadidas.» (*Hec enim omnia gentes inquirunt... Quærite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.*) (Mat. VI, 32, 33). Así, pues, habiendo designado Dios, como punto de partida, que dé gran preferencia á la instrucción religiosa, á fin de que todos conozcan sus deberes para con él; lo que es necesario creer, lo que es necesario esperar, lo que es necesario obrar para la salvación eterna, todo eso debe inculcárseles con el mayor cuidado, preservándolos con particular solicitud de las opiniones erróneas y de todos los vicios.

Llévese al obrero al culto de Dios; hágasele, sobre todo, fiel observante del domingo y de los días festivos. Que aprenda á respetar y amar á la Iglesia, Madre común de todos los cristianos, á cumplir sus preceptos, á frecuentar sus Sacramentos, que proceden de manantiales divinos, en los cuales se purifica el alma de todas las manchas, se adquiere la santidad.

Constituida así la Religión como fundamento de todas las leyes sociales, no es difícil determinar las relaciones mutuas que hay que establecer entre los miembros para obtener la paz y la prosperidad de la sociedad. Las diversas funciones

deben repartirse de la manera que más convenga á los intereses comunes, con tal tino, que la desigualdad no altere la concordia.

Es muy importante que los cargos se distribuyan con inteligencia y que sean definidas las atribuciones con toda claridad, á fin de que nadie tenga que sufrir injusticia. Que la masa común sea administrada con integridad y que se determine anticipadamente, según la necesidad de cada miembro, la cuantía del socorro que se le ha de dar; que los derechos y los deberes de los patronos estén perfectamente conciliados con los derechos y los deberes de los obreros. A fin de prevenir las reclamaciones eventuales que se produzcan de la una ó de la otra clase, á pretexto de lesión de derechos, sería de desear que los mismos estatutos encargasen á hombres prudentes é íntegros de su mismo seno el arreglo de todo litigio en calidad de árbitros. También hay que proveer de una manera especiallo necesario para que en ningún tiempo carezca el obrero de trabajo, y que haya un fondo de reserva destinado á hacer frente, no sólo á los accidentes repentinos y fortuitos, inseparables del trabajo industrial, sino también á las enfermedades, á la vejez y á los reveses de la fortuna. Estas leyes, con tal de que sean aceptadas con buena voluntad, bastan para asegurar á los débiles su subsistencia y cierto bienestar; pero las corporaciones católicas están llamadas también á contribuir mucho á la prosperidad general.

Por el pasado podemos juzgar del porvenir sin temeridad. Una edad hace lugar á otra; pero el curso de las cosas presenta maravillosas semejanzas, preparadas por esa Providencia que todo lo dirige y hace converger todo al fin que Dios se ha propuesto creando la humanidad.

Sabemos que en las primeras edades de la Iglesia se acusaba de crimen la indigencia de sus miembros, condenados á vivir de limosnas ó del trabajo. Pero, destituidos como estaban de riquezas y de poder, supieron conciliarse el favor de los ricos y la protección de los poderosos. Se les veía diligentes, laboriosos, pacíficos, modelos de justicia y sobre todo de caridad. Ante el espectáculo de una vida tan perfecta y de costumbres tan puras, todas las preocupaciones se disiparon; enmudeció el sarcasmo y se desvanecieron poco á poco las ficciones de una superstición inveterada ante la verdad cristiana. La suerte de la clase obrera, que es la cuestión que se agita hoy, será resuelta por la razón ó sin ella; mas no puede ser indiferente á las naciones que lo sea por una ú otra vía. Los obreros cristianos la resolverán fácilmente por la razón si, unidos en sociedades y obedeciendo á una dirección prudente, entran en la vía en que sus padres y sus antecesores hallaron su salud y la de sus pueblos.

Cualquiera que sea en los hombres la fuerza de las preocupaciones y de las pasiones, si una voluntad perversa no ha sofocado enteramente el sentimiento de lo justo y de lo bueno, será preciso que, tarde ó temprano, se vuelva la benevolencia pública hacia esos obreros á quienes se les haya visto activos y modestos, anteponiendo la equidad á la ganancia y prefiriendo á todo la religión del deber.

De esto resultará esta otra ventaja: que la esperanza de la salvación y de las grandes facilidades para alcanzarla será ofrecida á aquellos obreros que viven en el desprecio de la fe cristiana, ó en las costumbres que ella reprueba. Estos obreros comprenden de ordinario que han sido juguete de esperanzas falaces y apariencias engañosas.

Porque sienten, por los malos tratamientos que reciben de sus amos, que no son exterminados sino bajo el peso del oro producido por su trabajo. En cuanto á las sociedades que les han engañado, ven claramente que, en lugar de la caridad y del amor, no hallan más que las discordias intestinas, compaÑeras inseparables de la pobreza insolente é incrédula. Con el alma desgarrada y el cuerpo extenuado, ¿cómo quisieran sacudir yugo tan humillante! Pero sea por respetos humanos, sea por temor á la indigencia, no se atreven.

Pues bien: á todos estos obreros pueden serles de gran utilidad las sociedades católicas, si, al verlos titubear, ellas les invitan á venir á buscar en su seno un remedio para todos sus males, si, al verlos arrepentidos, les acogen con solicitud y les aseguran salvaguardia y protección.

Ved, venerables hermanos, por quién y por qué medios pide ser tratada y resuelta esta cuestión tan difícil. Que cada uno se ponga á la tarea que le incumbe, y esto sin retardo, por temor á que, difiriendo el remedio, se haga incurable un mal tan grave. Que los gobernantes hagan uso de la autoridad protectora de las leyes y de las instituciones; que los ricos y los amos se acuerden de sus deberes; que los obreros, cuya suerte está en juego, persigan sus intereses por las vías legítimas, y, puesto que la Religión es la única, como Nos lo hemos dicho desde el principio, capaz de destruir el mal en su raíz, que todos recuerden que la primera condición que hay que realizar es la restauración de las costumbres cristianas, sin las cuales, aun los medios sugeridos por la prudencia humana como más eficaces, serán poco aptos para producir saludables resultados. En cuanto á la Iglesia, su acción no faltará nunca jamás, y será tanto más fecunda cuanto más se haya podido ella desarrollar con libertad, y Nos deseamos que esto sea comprendido, principalmente por aquellos cuya misión es la de velar por el bien público. Que los ministros sagrados desplieguen todas las fuerzas de su alma y todos los recursos de su celo, y que, bajo la autoridad de vuestras palabras y de vuestros ejemplos, venerables hermanos, no cesen ellos de inculcar á los hombres de todas las clases las reglas evangélicas de la vida cristiana; que trabajen con todo su poder por la salud de los pueblos, y por encima de todo, que se apliquen á alimentar en sí mismos y á hacer nacer en los demás la caridad, reina y señora de todas las virtudes. En efecto, de una abundante efusión de caridad es preciso esperar la salvación.

Nos hablamos de la caridad cristiana que resume todo el Evangelio y que siempre dispuesta á sacrificarse por el alivio del próximo, es un antídoto muy seguro contra la arrogancia del siglo y contra el amor immoderado de sí mismo; virtud cuyos oficios y divinos rasgos ha descrito el Apóstol San Pablo en estas palabras: «La caridad es paciente, es benigna... no busca el propio interés... todo lo sufre. (*Charitas patiens est, benigna est... non quærit quæ sua sunt; omnia suffert... omnia sustinet.*) I Corintios. XIII, 4, 7.)

Como prenda de los favores divinos y en testimonio de nuestra benevolencia, Nos os concedemos de todo corazón, venerables hermanos, á vuestro clero y á vuestros fieles la bendición apostólica en el Señor.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el día 15 de mayo del año 1891, el décimocuarto de nuestro Pontificado.

LEÓN, XIII PAPA.